

San José, Costa Rica

1926

Lunes 11 de Enero

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *El Mensajero de Oriente. Krishnamurti*, por Rafael Cardona.—*Pueblos nuevos y hombres viejos*, por Miguel Angel Asturias.—*La república genuina*, por Lázaro Tobón.—*Lo que dice Miguel de Unamuno*, por Luis Enrique Osorio.—*Las divinas personas: Cuento del Hijo*, por Pedro Emilio Coll.—*De Unamuno a Ruskin*, por Azorín.—*Glosas*, por Eugenio d'Ors.—*Medallas*, de Francisco Izquierdo, por Jorge Mañach.—*Página lírica* de Francisco Izquierdo.—*Tablero*.

CUANDO Guyau hablaba de la irreligión del porvenir, el pensamiento filosófico de Europa pasaba por la crisis del escepticismo. Habíase agotado para la razón todo el cuestionario posible, todo el teorema propuesto a la cultura humana. Kant, en quien remata toda la filosofía, concluyó por negar que la razón resuelve el problema teleológico del espíritu, y su sistema—si sistema puede llamarse,—destruyó la posibilidad de construir nuevos sistemas. El pensamiento occidental, esencialmente escéptico, investigador, transformó todas las antiguas teorías en asuntos de razón y de lógica, y cometió un error fundamental de juicio: hizo de la religión un asunto de escogitaciones y del simbolismo antiguo una literatura. Sean cuales fueren los beneficios inmediatos que la cultura del siglo XIX haya recogido de semejante procedimiento, es innegable que el intelectualismo puro, basado en los recursos de la razón, no satisface actualmente la sed de reconstrucción moral que invade a las almas.

Puede asegurarse que Kant, supremo filósofo, destruyó la filosofía, al menos su concepto clásico. El arte sintió de rechazo esta anarquía del pensamiento y concluyó por improvisarse una fórmula que aun hoy está en uso: la impresión del momento, y que es, en verdad, un arte del momento.

Anatole France, culmen de todo un proceso de fatiga intelectual, es el más humano y desencantado expositor de la

El Mensajero de Oriente Krishnamurti



(Dibujo de don TOMÁS POVEDANO).

derrota de la inteligencia frente a la vida, y es él quien mejor revela la desintegración del antiguo organismo filosófico.

Convertida la filosofía en especulación y el arte en juego, muy pronto hemos sentido el fracaso intelectual y moral: el maquinismo contemporá-

neo, producto de un vertiginoso dominio de la naturaleza externa, ha empobrecido considerablemente la vida subjetiva; el mundo material nos atrae como la isla imantada del cuento árabe, y a esta fertilidad de conocimientos físicos corresponde una decadencia pavorosa de la esfera espiritual. Por fortuna, es po-

sible que todo este desconcierto filosófico y artístico sea la disolución de la semilla que anuncia el brote del nuevo árbol del genio, en que estarán expresados armónicamente los conceptos de la razón y las intuiciones trascendentales de una conciencia superior.

¿Cuál es la naturaleza del pensamiento oriental? ¿Cuál es su influencia en la historia? El pensamiento indio, que ha ejercido en todos los tiempos una sugestión silenciosa sobre la humanidad, arranca precisamente del punto en donde se detiene sin alientos, el ala de Kant. Su campo es lo invisible y su meta la posesión de lo absoluto, cosas inaceptables para nosotros, que ciframos la dicha en el yo, en la multiplicidad. Aunque la India posee todos los sistemas de filosofía imaginables, el *sancta sanctorum* de su verbo evangélico es la escuela brahmánica, la vetusta inspiratriz de los Vedas y del Ramayana. Siguiendo la dirección opuesta que lleva el occidentalismo con su fórmula de «todo por los sentidos, por la razón», el filósofo oriental renuncia a los sentidos y a la razón. No le satisfacen los fenómenos y esa múltiple causología que nos enorgullece, y trata de penetrar en lo agnoscible—según Kant—en busca de una causa matriz que genera todas las otras. En uno de los Vedas, se lee: «¿qué es Aquello por medio de lo cual conoceré todas las cosas?»

De esta posición mental de-

rivan consecuencias sorprendentes: la filosofía se torna religión y el arte se vuelve sacerdotal y simbólico, y el estado social una teocracia. Todo, para los indios, es metafísico; sobre todo el concepto de la libertad.

Este pueblo maravilloso, que ha inspirado las más altas doctrinas, profesa una cultura intuicional y emotiva, cuyos fines suponen la contemplación, no el examen. ¿Y qué otra cosa era el *diagogé* de los griegos?

Nos sugiere estos apuntes la noticia de la probable visita de Krishnamurti, el joven pontífice del mundo teosófico. Sus andanzas por tierras de América tienen el carácter de una cruzada evangélica. Según los teósofos, Krishnamurti es ya el nuncio de la divinidad sobre la tierra, el nuevo Juan

Bautista que apareja los senderos del señor. Su nombre, connotativo por excelencia de su jerarquía moral, expresa «la forma de Krishna», aquel instructor de instructores que dictó hace tantos siglos las inolvidables sentencias del Bhaughavad Gitá.

Krishnamurti ha perfeccionado sus conocimientos del mundo occidental durante su larga permanencia en Inglaterra. Para satisfacer nuestros gustos y tendencias, ha devenido *gentleman*, despojándose de la flotante túnica y el *aterrador* turbante. Su pequeño libro *A los pies del Maestro*, obra de devoción, se ha impreso por centenares de miles. Su proposición fundamental es: «el cuerpo es el corcel sobre que cabalgas». Dícese de Krishnamurti que es bello y quieto «como un mar en reposo». Su palabra,

de una azulada profundidad, evoca el cielo sin nubes, cuando sueña la estrella de la mañana.

Su llegada a México sería trascendental. ¿Vendría el mensajero de oriente a «meter espada»? Quienes conocen su obra, toda de amor y de paz, saben que su palabra reafirmará las conquistas sociales del siglo, dándoles por añadidura el reino infinito del Tiempo: y los que ignoran, esperan escucharla.

RAFAEL CARDONA

(De *Revista de Revistas*, México, D. F.)

Aclaración

Mi muy estimado señor García Monge:

Las interesantes referencias del eximio poeta Rafael Cardona, mi

buen amigo, atingentes a la venida del Maestro esperado, presuponen como su heraldo o mensajero a Krishnamurti, el Jefe de la Orden de la Estrella de Oriente, y no es así: Krishnamurti es el Vehículo del Maestro mismo. El por qué y el cómo de acontecimiento de tal magnitud, muchas veces verificado, como ahora, es bien conocido de los que entienden de estas cosas y lo será también de los que se hallen dispuestos a saber: no tendrán para ello mucho que esperar.

El error enunciado procede, seguramente, de equivocada información, y he considerado necesario ponerle reparo en la seguridad de que el señor Cardona sabrá perdonar ésta intromisión y que usted se dignará darle cabida en su generoso, buen REPERTORIO.

Previamente obligado, me reitero su affmo.

TOMÁS POVEDANO

Pueblos nuevos y hombres viejos

(De *El Imparcial*, Guatemala).

A menudo se hace a la juventud el honor de llamarla, entre otras banalidades y retóricas, «la esperanza de la patria». En todos los tonos y en todos los sitios, desde las tribunas legislativas, hasta las tribunas escolares, con pretexto o sin él, se ha repetido y se repite que «la juventud es la esperanza de la patria». ¿En qué consiste esta esperanza?... Pasan juventudes y juventudes y no se realiza... ¿A qué juventud se espera?...

La juventud es la esperanza de la patria, porque encarna la vida, porque las patrias no se hacen sino se deshacen en manos de los viejos. La juventud es la esperanza de la patria, porque sus ramas están coronadas de naranjas de oro. Esto significa la frase cuando no la informa el criterio de los que la dicen sintetizando en ella una manera de pensar corriente, toda una doctrina y todo un sistema: la doctrina del gobierno para los hombres viejos y el sistema gubernativo de los hombres viejos.

Conforme a este criterio, la palabra «esperanza» significa largos años de espera. Esperanza se llama a la juventud condenándola al fracaso, ya que derivativos del fracaso juvenil en que vivimos, son las sociedades y revistas «empedradas de buenas intenciones» que aparecen y desaparecen periódicamente y esa especie de alegría enfermiza propensa al chiste

y al insulto, donde se ha sustituido el espíritu juvenil por el choteo, en una bancarrota de valores y una anemia de ideales espantosa. No se trata de juventudes vencidas, sino de juventudes inútiles, de juventudes oscuras que han sido educadas para esperar sesenta años, para asistir al espectáculo quieto de un pueblo que gobiernan viejos, aprendiendo lecciones de memoria y fatigándose en el estudio de un novelón con pretensiones llamado historia nacional. De generación en generación a todas se les ha repetido la misma frase, sabiendo que esa menguada esperanza como tal esperanza no existe, porque los pueblos sin juventud no tienen esperanza. A los que hace ciento veinte años eran la esperanza de la patria, sustituyeron los que lo fueron hace sesenta y éstos serán sustituidos dentro de sesenta, por las generaciones actuales, buscando hacia 1981.

Sin ir más adelante, es necesario que nos demos cuenta de la ingratitude de una doctrina inhumana que, al realizarse en sistema de gobierno, supedita a los seniles las fuerzas vivas del país. Es necesario que nos demos cuenta que sistema y doctrina se apoyan en una razón coja y en un medio que no tiene razón de ser. Anda por ahí la creencia de que la vejez es signo de sabiduría, de habilidad y de experiencia—ésta es la

razón coja—y, por otra parte, el medio social reposa en el estado-pausa de las épocas coloniales—éste es el medio que no tiene razón de ser. En cuanto a la creencia, es verdad que la vejez, algunas veces, está adornada de preclaras virtudes, pero también es verdad que siempre es signo natural de agotamiento. En este caso, al sentar la doctrina del gobierno para los hombres viejos sobre la excepción de la regla, se falsean los conceptos más elementales de la lógica; ya que no puede apoyarse en la regla general que nos enseña que la vejez es signo de agotamiento. Luego la creencia es una razón coja. Los que creen que los hombres viejos son los más aptos, dentro de la excepción en que se encuentran en el Universo, deben sentirse a medida que envejecen más viriles y volviéndose a la naturaleza, de acuerdo con su creencia, desde el sol hasta el microorganismo rudimentario, deben parecerles más fuertes y menos fatigados a medida que envejecen. Voronoff ha gastado su tiempo inútilmente, porque nosotros sí hemos descubierto que los viejos son los aptos, los sabios, los hábiles; y los jóvenes, los impotentes, los inútiles, los ignorantes, los que tienen que esperar sesenta años para que se les tome en cuenta. Pero a propósito de esta creencia, falta algo por decir. La experiencia es una de

las cualidades que más entusiasman a las buenas gentes y que en este caso ha sido explotada por los interesados con verdadera habilidad. Desgraciadamente, la célebre virtud de los seniles es inútil en la construcción del nuevo *yo* del mundo. Ellos, los viejos, y su experiencia, pertenecen a una época pasada; de la que nos divide un mar de sangre.

En cuanto al medio social, a la simple vista se ve que, aunque no tenga razón de ser, es el generador de la doctrina. Como el medio reposa, natural es que necesite directores que reposen, ora descabezando sueños en las sillas ministeriales—sueños de gloria—ora en las cátedras escolares—muertos de hambre—o en las curules de la asamblea. Las personas con más de 50 años son una garantía al entrar a formar parte de un gobierno, en lo que a prácticas y a doctrinas corresponde. Su vejez garantiza las doctrinas y las ideas viejas. Su vida sin mañana garantiza las cosas hechas, acomodándose a las rutinas legales, a la práctica de los errores tradicionales y los vicios de casta, es decir de partido. No vale la pena argumentar más a propósito de un cadáver que hay que enterrar, incinerar o abandonar al campo.

Llevamos cien años de ser relativamente independientes y no hemos resuelto uno solo de los problemas que heredamos de la colonia; antes bien, al rededor de ellos hemos creado problemas falsos, engañándonos con resoluciones parciales de carácter político. Nada hemos hecho por dignificar la vida en Guatemala, por el contrario, siempre hemos tratado de destruir todo germen de sabiduría, de bondad y de belleza. (Los guatemaltecos no pueden perdonar a Estrada Cabrera—gobierno de viejos—que haya hecho de Guatemala un pueblón cursi). Al indio se le quitó hasta la tierra, diciéndole en cambio discursos patrióticos para sustituírsele por una patria construída con palabras efímeras; patria que después, como la tierra, nos hemos encargado de ir vendiendo poco a poco, sumando a la esclavitud del terruño, la del alma, que al cambiar sus costumbres, que al hablar otra lengua, queda esclava. A los niños bien vamos a decírseles así: At the slavery of the country want to add up the slavery of the soul, as when the soul change of customs and the language, its stay slave any how. Al obrero se le abandonó a sus propias fuerzas, cuando no se le trajo a hacer el tonto en comedias políticas, con papel muy secundario en los coros de la representación nacional. Mientras tanto, el extranjero repartíase las tierras, creándose capitales de los que sólo la no-

ticia nos ha quedado para comentarla en la sala familiar, al hacer la exégesis de nuestro carácter español. Mientras tanto, los odios de partido, resultado de rencillas poblanas, crecieron y se desarrollaron amparados por los intereses de los caudillos, títeres nefandos en nuestra tragedia, que, afortunadamente, mientras unos se encargaban de mantenerlos vivos en el espíritu de las muchedumbres, otros de sus partidarios los enterraron bajo el farrago de sus discursos indecentes. La justicia sustituida por la habilidad, transforma los tribunales en laberintos donde el que va a reclamar sus derechos, tras perder sus bienes, puede hasta perder la cabeza. La ciencia fué sustituida por la simulación; la virtud ciudadana por la apariencia y la moral religiosa por una moral de manga larga, cómoda para todas las posturas. A una época brillante de nuestras artes sustituyó esta época oscura, de aficionados a la literatura, de marimberos, de aficionados a la pintura, de constructores de barracas. Después de cien años de vida independiente, los hechos abundan para desmentir a los que creen en la sabiduría, habilidad y experiencia de los hombres viejos. ¡La desnudez de los hechos es espantosa y ya no puede aceptarse que los visitan con mentiras!

¿Qué espera la juventud? La pregunta viene a los labios forzada por las circunstancias. La respuesta es desconsoladora y sencilla: espera tener sesenta años. Desgraciadamente entre nosotros el *divino tesoro* del poeta no existe. La juventud es un conglomerado de niños educados en casa rica, incapaces de plantearse un problema que no sea el del nudo de la corbata, que algunas veces lo resuelve la mamá. El fracaso de nuestra juventud se debe a nuestros sistemas educativos. Nos educan para ser inútiles, respetuosos, crédulos e indignos de tener veinte años. A las deformaciones espirituales de una educación desorganizada y desorientada, se une una marcada regresión vital. Se estropea el cerebro y se avejenta de antemano, para que el tipo juvenil, vivo y enérgico, primitivo y rebelde, no interrumpa en el reino de los patriarcas, donde abundan ceguerras, jorobas y chocheces. Este estado de cosas, hace crisis cuando los jóvenes salen a la vida, al despuntar de los mejores días, entre abril y mayo. La esperanza de la patria sale a la vida dentro de un ataúd.

Sin pretender resolver el problema, estoy conforme con haberlo enunciado. Espero que elementos jóvenes más preparados que yo lo resuelvan para bien de Guatemala. Puede que la juventud reaccione, aunque lo creo

difícil por estar educada en el sistema de los sesenta años. Sin embargo, en más de una vez ella, ella sola, ha sido el último reducto de la dignidad guatemalteca. Apreciando estos relámpagos de vida ¿no sería posible que la juventud se orientara hacia la conquista del presente?...

De no ser así, Guatemala no cambiará en muchos años y acaso en muchos siglos, y seguirá siempre la Guatemala de hoy, donde el letargo espiritual de las masas, a quienes la religión no ha enseñado el canto de la vida sino el doble funerario, consonante con la voz pausada de los valetudinarios que no ven más allá de su cercano fin. Jamás se ha hecho entre nosotros la propaganda de la vida, de la fe y la esperanza, porque mal pueden hacerla los que cansados de aquella, tienen perdidas éstas. Pero la juventud es la esperanza de la patria—el decir ha saltado a los labios—no porque esté dispuesta a esperar sesenta años para seguir la rutina de todas las rutinas: que es la definición de gobierno entre nosotros—la rutina de todas las rutinas—; sino porque ella encarna la vida. Las patrias no se hacen sino se deshacen en manos de los viejos.

MIGUEL ANGEL ASTURIAS

París, 1925.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los colaboradores que hallen acogida en sus columnas, opinan con suma libertad. Sin que esto implique que su editor haga propias las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

Uno de los más complejos problemas con que se tropieza en el estudio del Derecho Público es nada menos que el muy significativo e importante de la soberanía nacional. Ha sido siempre materia de un intenso análisis y de apreciaciones reflexivas, pero se ha llegado a una conclusión, que es base única de la democracia, que la soberanía reside en la Nación. Así lo proclama con noble espíritu republicano nuestra carta constitucional, y que nuestros mandatarios sean fieles a ese sabio precepto es la aspiración más alta de un hombre genuinamente patriota.

Pero lo difícil que es la comprensión de tan arduo principio contribuye poderosamente a que en la práctica sea desconocido, y sin saber cuándo, un mandatario puede aparecer traidor a las reglas que juró defender y que son las que dan fisonomía a un gobierno. No basta que se formule el precepto de la soberanía nacional, sino que es indispensable que los procedimientos todos del gobierno la reconozcan.

Inspirados en estas ideas son para nosotros inconcebibles los gobiernos que dentro de los regímenes republicanos hablan de partidos políticos; las ideas de los individuos y las denominaciones particulares que toman, tienen trascendencia entre ellos, pero no para con el gobierno, ya que ante éste no hay conservadores, liberales, republicanos o socialistas, sino ciudadanos únicamente. La soberanía reside en los habitantes todos de un país, no en los que tienen la denominación de los que son mayoría.

Ese gobierno de todos los ciudadanos se ejercita en un momento en que de gobernados pasan a gobernantes, cuando ejercen la función electoral y designan a los que han de ser sus representantes o mandatarios; por consiguiente, si en el lenguaje común suele decirse que ha triunfado éste o aquel partido, en términos jurídicos lo que sucede es que determinados individuos que han reunido la mayoría de los votos, tienen la representación de todos los ciudadanos.

Aquí viene ya una ficción, porque los gobiernos democráticos son los de las mayorías desde que es imposible que unas personas tengan la aceptación de todos los electores; la voluntad de esa mayoría es la voluntad general, y para corregir en algo el inconveniente de que una mayoría se imponga siempre a una minoría se ha encontrado un medio, la representación proporcional de los partidos, que tiene así un origen tan valioso.

Pero esa voluntad tiene que manifestarse en forma ordenada, porque de otra suerte tendríamos una desorganización absoluta; y ese modo de

La república genuina

manifestarse no es otro que la ley, es decir, la soberanía de la ley y de la Constitución. Un gobierno no puede decir lógicamente que la voluntad nacional es la de los individuos designados por elección, o la manifestada en la prensa y en la tribuna por electores que han hecho la designación; el modo de manifestarse es la ley, y si los electores quieren que sus deseos se lleven a la práctica, tienen que conseguir de sus representantes que los conviertan en preceptos legales.

Los beneficios que se consagran en las constituciones y en leyes no son exclusivamente para individuos de determinadas denominaciones, sino para todos los que componen la nación, desde que el gobierno ha sido establecido por todos y en beneficio de todos. De suerte que un mandatario no tiene que fijarse en la condición de la persona que reclama un derecho, sino averiguar si en verdad lo tiene, para concedérselo inmediatamente; todos son acreedores a la defensa por parte del gobierno, y no hay que preguntar quién obra, sino si el proceder es ilegal.

Un hombre puede sostener como particular determinadas ideas, y trabajar porque los ciudadanos nombren representantes que las profesen también; pero elegido jefe del Estado, su situación es distinta, porque la voluntad soberana es la del pueblo, y se manifiesta en el poder legislativo. Para sus actos no tiene que buscar el apoyo de tales o cuales individuos, sino el de la ley, a fin de no traicionar las ideas de la democracia; en ese puesto

no es mandatario, no hace lo que a él convenga, sino lo que interesa a sus mandantes, y éstos lo hacen conocer por medio de las leyes.

Los gobiernos de partido son anti-republicanos, porque quieren apoyarse en la complacencia de quienes los eligieron y no en la voluntad popular; entre el querer de la comunidad, definido en la ley, y el de sus amigos, expresado en manifiestos y artículos de periódicos, cuando no en intrigas oscuras, se deciden por el último, sustituyendo así el cauce legal de la opinión por uno artificial y falso; los directorios reemplazan a los parlamentos, se cambia la soberanía, y se hace traición a las normas de la República.

El gobierno está al servicio de las mayorías, pero la misma organización corporativa establece el modo de dar a conocer la voluntad de esas mayorías, sin que se pueda decir que es la de un individuo que a ellas dice pertenecer; el jefe del Estado debe ser agente de los órganos oficiales, pero no de los simplemente políticos.

LÁZARO TOBÓN

(El Tiempo, Bogotá).

Valoraciones

Revista de humanidades, crítica
y polémica

Organo del Grupo de Estudiantes «Renovación»

Callé 60 N° 682

La Plata, Rep. Argentina

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Co ruña, España.

Quien habla de la
presa en su género,
Rica. Su larga
ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Cervecería TRAUBE

se refiere a una em-
singular en Costa
experiencia la colo-

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ÉSTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA
ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Cosas de Colombia

«Suelo permanecer aquí, en el hotel, durante toda la mañana. Luego voy casi a diario al café de La Rotonda, donde quedo de dos a tres. Ya lo sabe usted, y quedo suyo...»

¡Mejor era el hotel, sin duda alguna!

El habita una pulcra «pensión de familia» de la Rue La Perousse, una pieza pequeña de forastero, como la de cualquier estudiante, decorada muy al gusto de París Unamuno está allí como un óleo genial que careciera de marco y ambiente; como estaría el Moisés de Miguel Angel en el compartimiento de un ferrocarril.

Sobre la chimenea se acumulan los libros, reflejándose en la pared de espejo... Sobre el edredón del catre dorado descansa un volumen de don Juan Montalvo.

Hubiera yo querido emprender con la sociología; que ante tan sincero apóstol del porvenir latino bien debe robustecerse el optimismo; pero el alma del humanista español se encuentra muy llena de heridas para darse a lo abstracto, y su cerebro sufre a horcajadas el fantasma del militarismo.

Esto no impide que, al mentar a Colombia, él opine sobre la tierra:

—Hace poco — me dice — vi al Ministro Arciniegas... Me mostró un libro de las cien mejores poesías americanas¹, antología hecha por un jesuita, y como cosa de jesuita...

—¿Quién faltaba allí?

—El mejor: Arciniegas quedó espantado cuando se lo dije. Ese santo varón olvidó... ¿a quién cree usted?

—¿...?

—López!... El de Cartagena! Uno que es tuerto! El es un poeta! Raro si se quiere, y hasta un poco grosero... Pero ahí está el poeta de Colombia. El tuerto López, si señor... Arciniegas ha quedado escandalizado... También estuvimos hablando algo de novelistas... Conozco varias obras antioqueñas... Hay un tal Carrasquilla... Tomás Carrasquilla... y un Rendón... que escriben el español de manera sorprendente, con absoluta propiedad... Son muy superiores a don Juan Montalvo... Ahora estaba precisamente leyéndolo... Yo creo que su estilo es demasiado artificial; no hay armonía en su asimilación de giros antiguos. Lo admiro más cuando la pasión lo hace olvidarse un poco de la forma.

Don Miguel pasó revista mental a sus conocimientos sobre América...

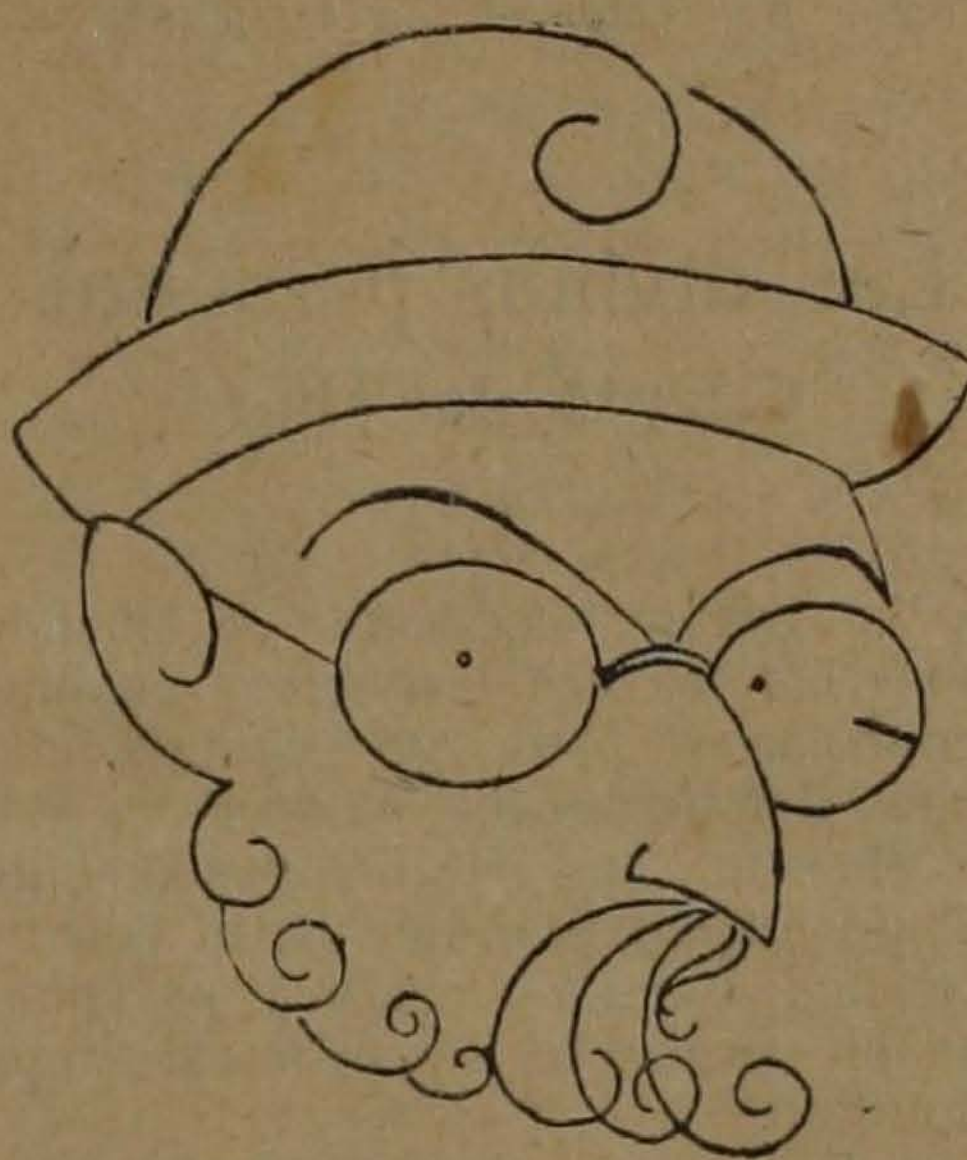
—¿Y Vargas Vila?... ¿Lo leen mucho en Colombia?

—Muy poco...

—Es un... majadero. Y un hombre que pretende exteriorizar una personalidad falsa... Hacen bien en no leerlo... ¿El está ahora en España?... ¡Ah, España!... ¡Tristes cosas las que allí suceden!

La boca habla de lo que el corazón abunda, y para lo único que sirvió la erudición de Vargas Vila fué para llevarnos a la península...

Lo que dice Miguel de Unamuno



Julio Núñez

Para lo que hay que escribir, con un ojo basta—Quién es hoy en verdad el amo de España—Alfonso XIII y dos anécdotas más.

Cosas de España

—¿Cree usted que caerá pronto el Directorio?

—¿Quién puede saberlo?... Afirmemos tan sólo que el estado actual de cosas es lamentable, vergonzoso. Cuando los mastines se convierten en pastores y los verdugos en amos, no puede desearse para un país situación más lamentable. La casta militarista es una amenaza social. Que no me hablen hoy de la clerecía. El fanatismo es un juego de niños junto a las soldadesca. El cura, cuando se opone a las ideas avanzadas, sólo se vale de excomuniones que inspiran ya risa únicamente en los tiempos que corren; pero el militar les pone a esas ideas un cañón por delante. Y no hay casta más ignorante, ni supersticiosa, ni enemiga del intelecto, que la de las armas.

—Primo de Rivera es entonces un gran ignorante...

—Es un infeliz! Un tonto!

—¿O un payaso, como me lo calificó el otro día don Jaime de Borbón?

—Un tonto, nada más que un tonto; un triste muñeco del otro, del verdadero amo de España, el que manda en el Directorio, y en el Rey, y en todo el mundo.

—¿...?

—¿No sabe usted quién manda hoy en España? Un loco, un epiléptico: Martínez Anido. El no figura en el Directorio, es apenas un Subsecretario de la Gobernación. Pero sus órdenes son las que priman. Vive rodeado de guardias, con delirio de persecución. Tiene prisioneros a hombres salientes de todos los partidos y proclama que son su garantía; que en cuanto le hagan a

él el menor daño, les corta a todos la cabeza. Cree que han de envenenarlo y no come sino lo que cocina una criada vieja. Y dice tales estupideces... Vamos: es un loco! Un loco!

—¿Y el Rey qué opina?

—El Rey es un miserable, un hombre cobarde, falso, corrompido (hablo de cobardía moral). El no tiene ya más misión que la de volver las cosas a su estado normal para luego retirarse.

—¿Y esa aureola de simpatía de que se le ha rodeado?... ¿Y sus anécdotas?...

—¿Quiere usted anécdotas del Rey?... En cierta ocasión le hablaba yo de la pena de muerte... El decía que era necesaria, que en todos los países la aceptaban, hasta en la misma Francia, donde aplicábase la guillotina y el fusilamiento... «Nosotros—conceptuó—somos en todo caso más humanitarios, porque empleamos el garrote: se da la muerte sin profusión de sangre... ¿Qué opina usted de un hombre que esto dice?... En otra ocasión, cuando se rescataron en Marruecos unos prisioneros, el Rey se impuso del precio y exclamó: «Está cara la carne de gallina».

—¿Qué me dice usted de Marruecos?

—...En mi tierra había un cirujano que quería demostrar su habilidad, y buscaba a quien cortarle el brazo, aunque fuese a un sano. Al fin lo pusieron frente a un mudo que necesitaba no sé cuántas cuchilladas al rededor de la campanilla. Pero cuando el sabio echó mano del bisturí, el miedo bastó al enfermo para arrancarle un grito. Entonces el médico ordenó a los asistentes: tápenle la boca, amordácenlo, porque si habla antes de que todo esté listo, perdemos el caso... Eso es España en Marruecos: la obra imbécil del militarismo, de un orgullo necio. Pretendemos ser una gran potencia, y como tal hay que vengar ultrajes antes de que se arrepientan los agresores. Pues, señores, dejemos de ser gran potencia para no ponernos en ridículo!

—Entonces... Blasco Ibáñez tiene razón.

—Mire usted: a Blasco Ibáñez han comenzado a atacarlo violentamente por causa de su panfleto. Yo no entro a discutir cuanto se le achaca. Me limité a preguntar: ¿lo que él dice es verdad?... Y es verdad! Todos esos negocios y bellaquerías que le atribuye al Rey nadie sería capaz de desmentirlos.

—¿Y en tanto, qué dice el público español?

—Desgraciadamente ese loco, ese epiléptico de Martínez Anido ha logrado infundir a las clases ricas mil temores falsos. Ellas creen que al caer el Directorio vienen el comunismo, el bolcheviquismo, qué sé yo; y tienen miedo. Comprenden los defectos y reconocen los atropellos del régimen actual, pero temen a lo que pueda venir...

—¿Y los partidarios, como El Caballero Audaz?... En qué se fundan?

—El Caballero Audaz es un simple asalariado del Directorio, un empleado de Martínez Anido.

—Grave será entonces un cambio de Gobierno...

1 Colombianas, quiso decir.

—No tan grave. Lo que hay que hacer es cosa fácil: meter a Martínez en una jaula, mandar al Rey a paseo, y al tonto de de Primo de Rivera perdonarle la vida a condición de que escriba sus memorias.

—¿Sus desencantos?

EN el pueblo, el caso de la negra Iginia era la comidilla de los vecinos. Primero se creyó que los dolores, que le hacían lanzar tan agudos gritos, se debían a que estaba en cinta. Pero, ¿cómo su flor virginal podía haberse deshojado a los sesenta años de edad, cuando ni mocita se le conoció novio alguno y sólo sonrió fraternalmente entonces, con sus dientes de coco, a los peones que la requebraban, a la sombra de los guamos de la hacienda donde nació, de padres esclavos? Y era donosa antaño, con el cesto de cogedora de café apoyado en la cintura, o cuando iba por agua a la acequia, con la tinaja sobre las duras greñas. Después, ya vieja, seguía sonriendo como antes, pero con desnudas encías de color de rosa, y con una bondad tan natural y espontánea como las tunas que crecen al margen de los barrancos y ofrecen su dulce pulpa a la sed del viajero, bajo los soles caniculares.

Era santa la negra Iginia, como lo es la mota de tierra y el cardo silvestre y el limpio manantial que desciende de las montañas, es decir, inconscientemente, que es como las cristalinas virtudes parecen participar mejor del misterio de la naturaleza. Sin embargo, no se salvó Iginia de la maledicencia. Pero, desechada la suposición porque los meses pasaban y no daba a luz Iginia, se atribuyó su dolencia al mal de ojo, con que se creía la dañara un italiano bizco que vendiendo zarazas y baratijas pasó por el poblado, con su caja al hombro, inclinado hacia la tierra, como un nazareno vestido de pana y con zapatos de gruesos clavos. Se hizo venir a la curiosa, que la ensalmó con yerbas mágicas y oraciones de desembrujar, pero el dolor continuó tenaz.

Aseguraba, por su parte, don Liborio el boticario, que se trataba de un principio de epilepsia, enfermedad que, a su entender de farmacéutico rural, recogió Iginia por única herencia de su padre el buen negro Tadeo, que estuvo celebrando por muchos años, en el mostrador de las pulperías, con aguardiente de caña, la abolición de la esclavitud, hasta que un día lo encontraron muerto en la bagacera del trapiche.

Es lo cierto que los lamentos de Iginia se oían hasta en la plazuela

—Nó... Se trata de que le hagamos la competencia a los italianos. Nosotros tenemos un Quijote, un Cid, un Don Juan, pero nos hace falta un Bertoldo y creo que en Primo de Rivera lo hemos encontrado.

Sonó por entonces la campanilla del

Las divinas personas

Cuento del Hijo ¹

de la iglesia, encalada y humilde como las de casi todos los pueblos venezolanos, pero con algunas imágenes del tiempo de la Colonia, entre ellas un San Miguel toscamente tallado en madera, que hería con su espada a Satanás, caído a sus piés, con el rostro de un bello arcángel adolorido.

Ya había agotado Iginia todas las pócimas y brebajes que Don Liborio y los vecinos le recetaban, y desesperada se abrazaba a los horcones de su rancho de bahareque, cuando su comadre Severiana le aconsejó, como último recurso, que le hiciera una promesa a San Miguel. No olvidaba Severiana que Iginia le había cerrado los ojos a su marido, muerto de un machetazo en una riña con Anselmo el isleño, y acompañado al camposanto, al paso de la burra, en cuyo lomo macilento se balanceaba la urna de pino. Y no era sólo Severiana quien ponderaba los milagros del arcángel, pues éstos eran famosos en todos los caseríos de los alrededores.

—Esta vela te traigo, Iginia,—explicó grave y piadosamente Severiana,—para que con toda fe se la ofrezcas a San Miguel. Has de llevarla tú misma, aunque sea arrastrándote por la calle.

—Si no puedo, mujer, si no puedo,—gemía la infeliz Iginia, mientras se arqueaba en su catre y se oprimía con sus encallecidas manos de manumisa el vientre torturado.

—¿Cómo no has de poder? San Miguel te dará fuerzas.

A poco, toda la chiquillería y todas las vecinas estaban a la puerta, en la única calle del pueblo, compadeciendo a Iginia que, apoyándose en las paredes, con el rostro demacrado, la vela en una mano y en la otra un pañuelo a grandes cuadros, con el que ahogaba sus gritos, se dirigía vacilante a la iglesia. En verdad, nunca se había fijado en la imagen de San Miguel, que estaba, como le

almuerzo, y don Miguel se alistó para obedecer a ella como un colegial.

LUIS ENRIQUE OSORIO.

Paris, 1925.

(Cromos, Bogotá).

explicó la comadre Severiana, un poco escondido cerca del altar mayor, a un lado del penumbroso presbiterio. Ya oscurecía, y nadie miró a Iginia cuando regresaba a su rancho, después de ofrendar la vela y las plegarias con todo el fervor de su corazón sencillo y según el consejo de la comadre.

La comadre Severiana vivía del otro lado del río, en el cerro de las Cocuizas, y la tarde siguiente a la de su promesa, el río pasó Iginia, a pie enjuto, ligera como una muchacha, entre la iluminación rojiza del sol poniente, que llaman de los araguatos.

—Severiana,—díjole Iginia, balbuceante y echándole los brazos al cuello,—si no fuera pecado me arrojara aquí mismo, como hice ayer en la iglesia. Dios sólo sabe el bien que me has hecho. Como si con su santa mano me hubiera tocado el pobrecito San Miguel y me hubiera sanado con sólo verme, así comenzó a pasarme el dolor desde que le encendí la vela y principié a rezarle. Ya puedo trabajar,—añadió alegremente,—y pilar maíz. ¡Si estoy como si tuviera veinte años!

—Pero, ¿cómo fué? Cuenta despacio, mujer,—le interrumpió Severiana.—Siéntate en este cajón, que estás estropeada, hija.

—Si hasta Caracas puedo ir a pie, sin cansarme. ¿Pero, tú dónde vas a sentarte?

—No te preocupes, que sobre esta piedra de la batea estoy como en sofá de blanco codicioso. ¡Pero, cuenta, cuenta pues, mujer!

—Verás. Apenas principié a rezar, sentí una dormición en las tripas. Así estuve toda la noche y hoy amanecí sana, sanita.

—¿Ya ves lo que te decía? No hay como San Miguel bendito. Y después ese zoquete de Don Liborio se burla porque creemos en los milagros.

—Si tú supieras, Don Liborio ha sido siempre muy bueno conmigo; él hizo cuanto pudo para curarme. Voluntad no le ha faltado.

—Pues él me dijo que tu enfermedad era por culpa de tu padre Tadeo y patatín y patatán...

—Esas son cosas que se le ocurren a esa gente que se la pasa leyendo. A veces, para distraerme, iba a mi rancho a leerme lo que dicen

1. En el número anterior: *Cuento del Padre*.

En el número próximo: *Cuento del Espíritu Santo*.

los papeles de Caracas, pero yo no entiendo nada.

—¿Pero qué vas a entender si no son sino embustes?—exclamó airada Severiana, siempre tan propensa a estallar en mal humor a la menor contradicción.

—Dios los perdone! Pero vamos al asunto.

—Sí, es lo mejor, porque tú eres capaz de perdonar al mismo Diablo.

—Pues como te decía,—continuó Iginia,—me arrodillé con la vela y como no había ni un alma en la iglesia, al principio tuve miedo. Pero cuando comencé a rezar me parecía que me levantaban por las greñas y que San Miguel sentía un dolor tan grande como el mío. ¡Y cómo no, con aquella espada que le encajaban en el estómago! Se le comprendía en los ojos que me estaba compadeciendo como yo lo compadecía a él, mientras el diablo se gozaba con la maldad que le estaba haciendo y le ponía el pie sobre la cabeza...

—¿Pero, qué estás diciendo, mujer?—gritó escandalizada Severiana.

—¿Qué es, Severiana? ¿Qué te pasa?—preguntó Iginia sorprendida y sin entender el escándalo de la comadre.

—¿Pero, a quién le rezaste, al que encajaba la espada, o al que estaba en el suelo?

—¿A quién había de ser? A San Miguel, al que estaba sufriendo. Al malo que lo hacía sufrir no podía ser.

—¡Hoy sábado!... Le rezaste al diablo! Fué el diablo el que te hizo el milagro!—vociferaba Severiana.—¡Estás endemoniada! ¡Vete, que hiedes a azufre!...

Y con súbito estupor, sintió Iginia que caían sobre su cabeza todos los castigos del cielo. Sus piernas se doblaban, cuando Severiana, empujándola violentamente fuera del rancho, se santiguaba, hacía cruces en el cajón donde Iginia se había sentado, en el suelo que había pisado y hasta en la puerta por donde entró.

Era ya de noche. A lo lejos el torreón, como un inmenso índice apuntado al cielo, lanzaba llamas de la molienda de la tarde, hacia las nubes de color de hollín. Por el camino oscuro, Iginia semejava una gran piedra negra que una fuerza desconocida impulsara lentamente. Tuvo miedo a los cocuyos Inminosos, que volaban en los cañamelares y que ahora le parecían infernales chispas. ¡Ella endemoniada, por haberle rezado al maldito y no al ángel del Señor!

Arrodillándose y besando el polvo árido del camino desierto, Iginia rogó a Dios que, en señal de perdón, le hiciera sentir de nuevo sus dolores. Aguardó un instante el supremo pro-

digio, pero, por lo contrario, sintió que suave caricia le recorría todo el cuerpo, con el suave frescor de un agua milagrosa. Y convencida de que Dios no escuchaba sus preces, y castigaba de ese modo su herejía, negándole el dolor que imploraba, la pobre Iginia, en la desolación de su inmensa soledad, rompió en llanto. Severiana tenía razón. Estaba endemoniada.

Un calofrío de terror erizó sus arrugadas carnes cuando al entrar a su rancho divisó debajo de su catre dos pupilas encendidas, como brasas. Y dió un alarido de espanto.

—¿Qué es?—le preguntó soñolienta y desperezándose su sobrina Ruperta, que la acompañaba durante su enfermedad y que dormía vestida, en una estera, sobre el suelo gredoso del rancho.—¿Otra vez el dolor?

—¡No, mira, es el diablo!—balbuceó Iginia mostrando a Ruperta los carbunclos de fuego.

—¡Ave María Purísima!—exclamó la muchacha.—¡Qué diablo, ni qué diablo, Es el gato de Don Liborio, que siempre se mete aquí a robarle la comida al cochino.

Con los gruesos labios entreabiertos, a poco Ruperta comenzó a roncar. Iginia se sentó al borde de su catre, y los ronquidos de Ruperta, que a veces tanto la molestaban, eran ahora como la única voz que la acompañaba en el mundo. Escuchándola roncar, fué aletargándose, como bajo la influencia de un calmante. Sus recuerdos se evaporaban como en un sopor de opio, y cual si descendiese por una pendiente de seda, cayó rendida sobre su almohada de paja, con las alpargatas llenas de barro, con su traje de flores moradas y con sus ásperas greñas canosas ceñidas por el pañuelo de Madrás.

En un silencio profundo, como si todos hubieran muerto en el pueblo, sólo se oía el roncar de Ruperta y a lo lejos el canto de los gallos.

En sueños, se vió de nuevo Iginia arrodillada en el camino oscuro. De pronto divisó, a distancia, un farol del pueblo que avanzaba hacia ella, que al aproximarse tomó forma humana y caminaba como Don Liborio, pero cuando estuvo cerca de ella quedó deslumbrada por una luz extraordinaria. Y en el centro de la luz, vió maravillada Iginia a Nuestro Señor Jesucristo.

Y de los labios de Jesús, como una música divina, escuchó Iginia estas palabras:

—Apóyate en mi seno, porque desde la Eternidad escuché la oración que dirigiste al ángel que un día se rebeló contra mi Padre. Sin él habría sido innecesaria mi venida al reino de los mortales. Es cierto que sin

aquella rebelión, Adán no habría pecado, pero hecho de barro como era, el hombre no habría conocido la absoluta perfección, ni visto a un Dios sobre la misma tierra que pisaba. Sin el pecado original, el hombre no habría conocido mi presencia. Desde muy alto, entre relámpagos y tinieblas, hablaba mi Padre a sus criaturas. Yo quise vivir entre ellas, hablarles dulcemente al oído y agonizar como ellas. Suspendí las piedras del Decálogo, que pesaban demasiado sobre las débiles espaldas de la humanidad, y sobre la ley mosaica grabé el Sermón de la Montaña. Bienaventurada eres, Iginia, porque eres simple de espíritu. En tu ignorancia, conoces de mi vida lo que es esencial, la fraternidad y la justicia. Perdono a los que ponen en duda mi divinidad porque de mi poder infinito esperaban la desaparición del dolor universal. Están menos distantes de mí esas almas atormentadas que las que de mi historia sólo averiguan lo que es perecedero. La que te creyó endemoniada procedía como los que encienden hogueras inquisitoriales, en su ciega manera de adorarme. Tú has amado, como yo, el dolor, que tu ingenuidad contempló en Luzbel y no en el Arcángel a quien el dolor del vencido regocijaba. No supiste, buena mujer, que el Bien pudiera ser representado con una espada tinta en sangre. Sin saberlo, a través de una tosca imagen de madera, te elevaste a un concepto más perfecto que el de la generalidad de los humanos. Yo compartí el dolor de tus entrañas. ¿No sentiste cuando orabas al que veías sufrir, una mano que mitigaba tus penas? Fué mi mano. ¿No sentiste en el camino oscuro, una suave caricia cuando, en signo de perdón, implorabas de nuevo tu dolor? Era yo que acariciaba tu negra carne virginal. La paz sea contigo.

Un inmenso resplandor llenó el rancho de Iginia y se oyeron las campanas de la Jerusalem celeste, que, en realidad, eran el amanecer del domingo y las campanas de la iglesia vecina que llamaban a la misa de cinco.

—¡Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo!—exclamó Iginia, con matinal alegría y evangélica unción.

Porque Iginia, que nunca logró entender las lecturas de Don Liborio el boticario, comprendía ahora, con la sabiduría de los que nada saben, las palabras de Jesucristo.

PEDRO-EMILIO COLL

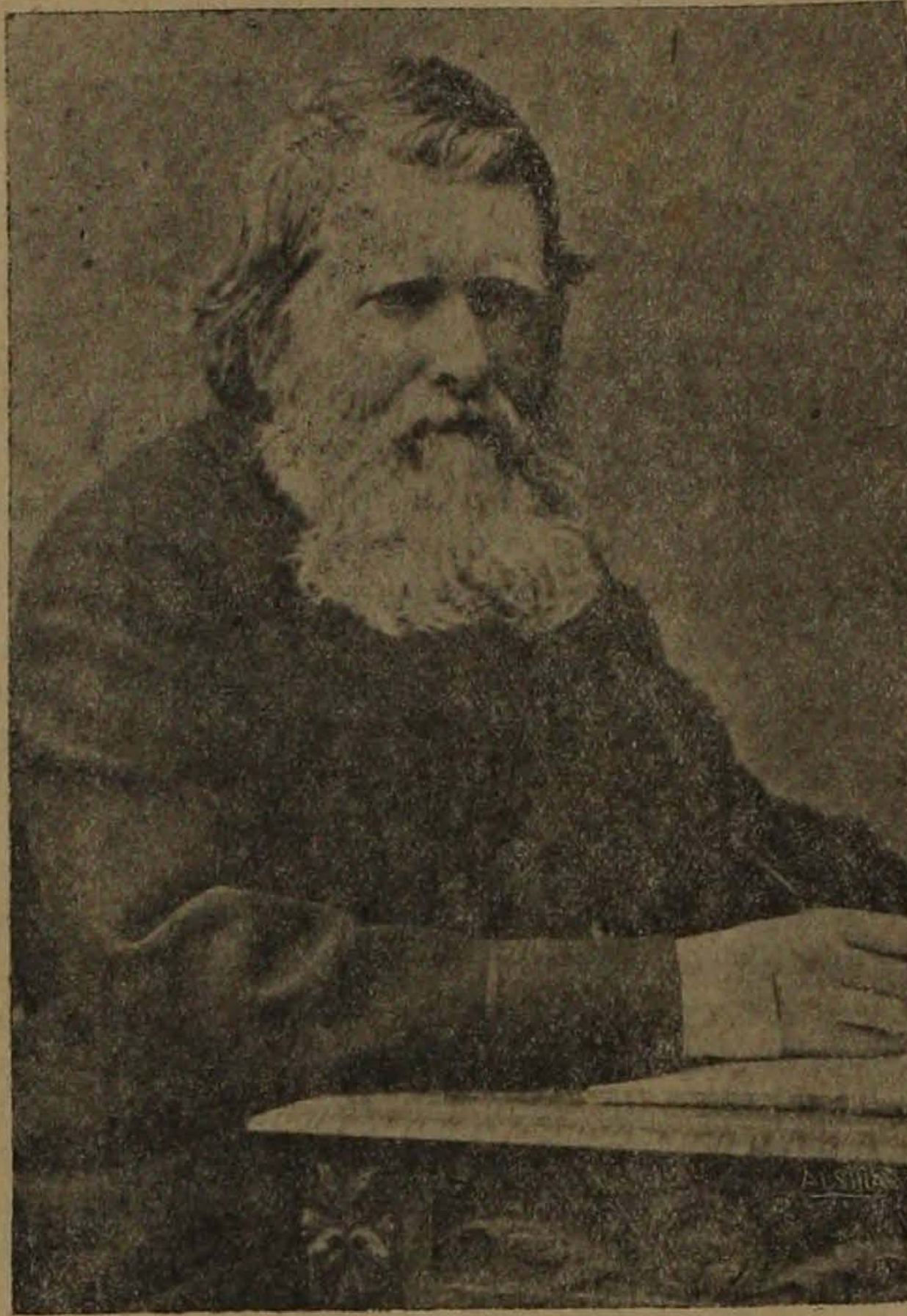
(De Hoy sábado...
Caracas)

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

MIGUEL de Unamuno ha publicado en estos días¹ un libro titulado: *Andanzas y visiones españolas*. (Renacimiento, editor, Madrid). Es complemento este volumen de otro publicado en 1911: *Por tierras de Portugal y España*. En el nuevo libro habla Unamuno del Escorial, Salamanca, Galicia, Yuste, Santiago, Gredos, etcétera. En el prólogo de la obra nos dice el autor que él no pone en sus novelas paisajes y que, cuando quiere describir el campo, forma libros como éste de que hablamos. El procedimiento es, dicho sea de pasada, un poco extraño. No se puede prescindir en una novela del medio ambiente; se necesita en ella la pintura del paisaje. Unamuno nos dice que él sólo procura en sus novelas la narración de los hechos; está bien. Pero por poco deterministas que seamos, siempre habremos de reconocer que es indispensable, para la comprensión de un carácter, conocer el ambiente que le rodea. Y en esto de la novela, claro está, hay sus gradaciones: unas tienen mucho elemento descriptivo; otras, poco; pero en ninguna de ellas se puede prescindir del medio. La llamada novela de aventuras—simples e interesantes narraciones—es la que nos ofrece un mínimo de descripción. Ahora acaba de publicarse en Francia, por ejemplo, una nueva novela de Pierre Benoit. Se titula: *Mademoiselle de la Ferté*. En torno a ella se han entablado las más ardientes polémicas. León Dautet, en *La Acción Francesa*, ve en el libro de Benoit una obra maestra, una pintura magistral de un gran carácter (el carácter de la señorita Ferté); en cambio, Paul Souday, en *Le Temps*, considera a Benoit como un folletinista, un Sué o un Feval. Y, por otra parte, la señora de Noailles, poetisa desbordada y vulgar, vota también, en *Le Gaulois*, por Benoit como gran novelista. En suma, el pleito se ha hecho político: las derechas, necesitadas de un novelista, exaltan a Benoit; las izquierdas, menos entusiastas, menos necesitadas

1. Setiembre de 1923. Escrita esta correspondencia, en San Sebastián.

De Unamuno a Ruskin



John Ruskin

de un romanceador para uso de sus adeptos, sonríen desdeñosas y se limitan a considerar a Pedro Benito como un novelista entretenido. (Sin perjuicio también de acusarle de plagiarlo. Al decir de Pierre Mill, también en *Le Temps*, *La señorita Ferté*, es un arrendajo de *Atta-Sull*, de Sué). Y el caso es que la última novela de Benoit, leída imparcialmente, cautiva y seduce por modo extraordinario. Una vez comenzada, no se puede dejar de la mano. Algo más que simples aventuras hay en este libro. Y no podemos explicarnos cómo los católicos y tradicionalistas franceses exaltan un libro en que se hace la pintura de un verdadero monstruo moral. Verdadero monstruo moral es la señorita Ferté; compendio formidable, repugnante, de odio, de hipocresía y de astucia. Si esto es lo que tienen que recomendar a sus huéspedes los tradicionalistas franceses, allá se vayan solos y con su pan se lo coman...

Pero era otro mi propósito al hablar de la novela de Pierre Benoit. Quería yo decir

que aun siendo este libro una admirable novela de aventuras, no se prescinde en ella del paisaje; antes bien, pintado sobria y bellamente; el paisaje de unos charcos y lagunas de la tierra bordelesa (recuérdese el paisaje de una de las novelas de Barbey d'Aurevilly, *Lo que no muere*, si no me traiciona la memoria; paisaje idéntico a este de Benoit); el panorama, repito, de esa tierra ingrata y desolada, terriblemente hosca, fúnebre, da al relato del novelista un relieve extraordinario. La novela sería otra, el temperamento de la heroína sería otro, en un paisaje distinto. El novelista ha requerido, pues, la colaboración del medio físico para hacer más intensa la visión de un carácter. El equilibrio entre la narración, el análisis psicológico y la descripción del paisaje, es verdaderamente feliz, perfecto. Pierre Benoit no es un novelista vulgar. (Y añadiré, entre paréntesis, que también Mauricio Maeterlinck, coprador de Epicuro, en su libro *La Muerte*, y de las *Oraciones fúnebres*, de Bossuet, en otros libros;

también Maeterlinck acaba de dar su opinión sobre Benito. Dice Maeterlinck, y no anda descaminado, a mi modo de ver, que él lee con más gusto *La señorita La Ferté*, que los libros de Marcel Proust. La declaración es importante). Pierre Benoit, novelista de intrigas, no puede prescindir del paisaje. Miguel de Unamuno nos dice que él prescinde; los paisajes Unamuno los lleva a libros especiales, como éste que examinamos. Con todos los respetos para el escritor, creemos que el procedimiento es errado, artificioso. El paisaje es indispensable en la novela. Y Unamuno, tan diestro en la descripción, daría con el paisaje singular realce a sus novelas.

Pero dejemos ya este punto. Veamos cuál es el espíritu que anima estos cuadros que Unamuno nos ofrece en sus *Andanzas y visiones de España*. El rasgo saliente en todo el libro es la concepción del progreso que el autor profesa. Unamuno ama ardientemente la soledad, el silencio, la paz. En las primeras páginas de su libro (por ejemplo, 19, 20 y 23) se puede ver este anhelo de Unamuno por el silencio de los campos y de las montañas. Y este anhelo es correspondiente del odio por el bullicio, el estrépito y la frivolidad de las ciudades. «Y héteme otra vez aquí—escribe el autor;—héteme otra vez aquí, después de haberme dado cuerda al corazón con el aire libre de las cumbres; héteme otra vez aquí, en la ciudad, en el vaho de la ramplonería humana, teniendo que soportar el que al lado mío se hable de nuestras diferencias con Francia a propósito de lo de Marruecos o de las cogidas de Vicente Pastor». Pero el amor del silencio y de la paz en Unamuno—y en otros grandes escritores—no es un hecho aislado, no es un sentimiento independiente de los demás. El amor al silencio y a la soledad en Unamuno es corolario lógico, fatal, de su concepto de la civilización. Oigamos cómo Unamuno habla del progreso. ¿«Hay algo, en efecto—dice—más ridículo que el progresismo?» «Aprende a desdeñar—añade

(Pasa a la página 27).

**De Azorín
como tenuidad**

YA no es el respeto. Es algo infinitamente más conmovedor, más raro, más exquisito, con serlo tanto — y tan voluptuoso — el ejercicio del respeto. Es un sentimiento complicado, donde entran, a la vez, lejanía, reverencia, deslumbramiento, piedad; con más, la sensación de lo supremo; con más, la sensación de lo puro; con más, la sensación de lo tenue; con más, la sensación de lo frágil. Todavía recuerdan algunos no demasiado añosos peregrinos a Roma el efecto que, entre quienes alcanzaron a conocerle en los últimos días de su prolongada vejez, producía la aparición, en las solemnidades vaticanas, del Pontífice León XIII. «No creíamos, — nos dicen — ver al sumo jerarca de la Iglesia. Creíamos ver a la misma Hostia en el altar. Tan blanco era, tan translúcido, tan leve y espiritualizado...» Pues bien, de este orden, y mudado lo mudadero, es la impresión que, en nuestra literatura y en nuestra vida literaria, producen ya la figura y la obra de Azorín. No es el respeto solo, repito: es un movimiento de ánimo que casi, casi, humedece los ojos.

En vano, para desvanecer éste que llamaríamos «el nimbo» de este grande maestro de la sensibilidad española contemporánea, parecen haberse conjurado, en los últimos tiempos, múltiples enjambres de zumbar distinto — ¡no tan distinto, sin embargo! —, casi tantos como pululan en el ambiente literatesco de esta Corte. En vano le han querido alcanzar las avisvas del epigrama, los tábanos de la insidia, los moscones del chismorre, las hormigas volantes de la política menuda, las precoces y procaces cigarras poéticas, al mando de tal o cual cigarrón talluda, o tal vez cigarra co-

madrona, de quejumbre doliente y monorrítmica. En vano promiscuó su nombre en proyectos y empresas, susceptibles de comentario popular, apasionado y diverso. En vano él mismo — dígame todo — se torna, en más de una ocasión, el propio adversario, con la ostentación de juicios, opiniones y actitudes difícilmente simpáticas, o que la malicia puede considerar instrumentales... Nada le toca, así como él no toca a nada. Integro queda el nimbo, íntegro y resplandeciente; pronto son una misma cosa el nimbo y él. Así asciende al cenit, delicada, remota, plateadamente espectral, como una luna... Bulle abajo la «Feria en la plaza»; truenan los cohetes; ladran prolongada y aviesamente los canes; infesta el aire el humo pestilente de las churrerías; grita y se embriaga el populacho verbenero. El asciende. Y no bajará sino cuando sea la hora. Y cuando

Glosas



Azorín

Retrato de Vázquez Díaz

el tramonto, no se borrará todavía su resplandor. Antes, cercano ya a la línea del horizonte, ha de vivificarse con los arreboles de un reflejo de la gloria nueva...

**De Azorín
como fortaleza**

Yo he visto, empero, a esta figura tenue y como irreal aplicar una voluntad tensa y sólidamente articulada a algún designio, casi secreto, de bondad o justicia. Mi amistad pudo, en esos lances, palpar al fantasma y advertir que el fantasma tenía huesos. ¡Qué fuerza moral, qué aplicación minuciosa y diligente la que Azorín ha debido sostener, en determinadas ocasiones de su vida pública, ocasiones de acción, ócasiones de abstinencia, sobre todo! Y por lo que dice al arte, ¿quién un poco informado de las intimididades de la producción, creará que sencillez tan difícil, elegancia tan tersa, tan lograda perfec-

ción, pueden alcanzarse sin unos rigurosos esfuerzos, disciplina, castigo? Donde gustábamos de la tenuidad, apreciemos ahora la fortaleza. Donde el primer aspecto nos mostró a un ángel melancólicamente lleno de gracia, conviene que un mirar un poco más penetrante aprenda a distinguir al estoico impávidamente lleno de valentía.

¡Y a un artesano, a un artesano...! Dígalo, en las letras, su proba maestría en la manipulación del lenguaje, maestría preciosa, no endeble ni maníaca. ¡Pudieran también declararlo en lo político aquellas sus cualidades de plasmación humilde, laboriosa, eficaz, *de labor verdaderamente artesana*, sobre lo material y concreto! Caracterizaba al político español, en el ayer inmediato, más que una mala voluntad, una incapacidad de realización, una ineficacia supina ante lo cotidiano. No digo precisamente pe-

reza, no. Pero con toda su agitación, con todos sus gritos, con todos sus timbres, el ministro más listo y autoritario no podía lograr ni que se asegurase la salida de una carta urgente en un correo determinado. Azorín no era así, en lo suyo. Azorín tomaba el subordinado y sabía obligarle; o, si no, tomaba la carta y cuidaba él mismo de echarla al buzón... Estos detalles son para mí decisivos. El temple de una conducta se prueba en ellos, y no en las baladronadas ni en la profesión de un pragmatismo gestor. Como no se prueba el valor del fuego en la llama loca, sino en el calor sostenido; ni la verdadera pasión, en el arrebatado, sino en la constancia; ni la elocuencia, en el aparato retórico, sino en la honda ciencia del término exacto y de la cadencia adecuada; ni el casticismo, en el desempolvo periódico de unos cuantos vetustos atavios

de Carnaval, sino en la obediencia profunda a la eterna y escondida voluntad de una estirpe.

Castizo, apasionado, fogoso, enérgico, humilde, eficaz —¡artesano!—, es, por dentro, éste que nos pudo parecer tan

distanciado, tan extraño, tan enfermo, tan frío, criatura de excepción, escondida en el propio brillo lunar de su nimbo...

Porque sospecho que tampoco se puede asegurar que todos los volcanes de la luna estén apagados.

"Doña Inés"

Así el último libro, así como el autor. Primero, el encanto de la tenuidad. Luego, para quien sabe leer y sentir, la adivinación de la clandestina fortaleza.

Y así igualmente Doña Inés,

la protagonista. Como el libro todo. Como el autor. Mujer frágil, que resulta, a la postre, si no precisamente una santa de retablo, una santa de daguerreotipo.

EUGENIO D'ORS

(De A B C, Madrid).

Medallas, de Francisco Izquierdo

HACE dos semanas, o tres, llegó a mis manos este libro menudito, blanco, sencillo, que se titula *Medallas* y aparece escrito por Francisco Izquierdo.

What is in a name?—preguntaba Shakespeare por boca de su héroe dubitativo: ¿qué hay en un nombre?... En un nombre no hay nada—ni una recomendación humana siquiera—cuando no lo subraya la popularidad, cuando la modestia o el sino áspero de quien lo lleva se niega a hincharlo de bastardillas notorias.

Así, yo tomé este librito —este librito en que acaso estaba el zumo de todo un vivir intenso, la sazón de un jugoso talento ignoto—y lo relegué a mi bolsillo tan sólo porque no conocía a su autor. ¿Quién me lo reprochará demasiado? Son tantos los valores sabidos que solicitan nuestra atención y asedian nuestra curiosidad, que no nos queda en el ánimo interés para la exploración, para las posibilidades escondidas, para los valores por descubrir. Vivimos en un sálvese quien pueda de la cultura. No puede haber espíritu de investigación ni genuina curiosidad generosa donde a todos abrumba y agota la forzosa dedicación cotidiana.

Pero estas son divagaciones que consumen mi espacio y la indulgencia del lector. Los dioses buenos, que saben cuantos libros como éste se quedan sin leer porque sus autores no se han abierto paso todavía en el ambiente arduo, me perdonarán que yo haya demorado la lectura de las *Medallas* de Francisco Izquierdo. Me perdonarán que aún al iniciarla, lo hiciera con fatigada displicencia, como quien concede la merced de un vistazo a esos almanaques domésticos que reparten ciertas droguerías.

El contenido de estas breves páginas poéticas me fué conquistando, empero, desde los primeros versos:

Santa Cruz, la pequeña concha del mar, perlada de un resplandor polvoso, crepuscular e incierto; con sus *Company Limited*, con su espigón desierto, sonrisa del Atlántico en la noche estrellada.

E iba yo en el tranvía tras la faena. Con la lectura, se me pasó mi casa. Y tuve que retroceder un poco, a pie, leyendo todavía, igual que leían su

breviario los curas de mi disciplina infantil.

¿Cómo había permanecido tan callada esta voz? El poeta, en su dedicatoria, habla a Rubén Martínez Villena y a Enrique Serpa—los hermanos espirituales que le urgieron a publicar este libro—les hablaba del «opaco y frío silencio» en que había trabajado sus *Medallas*. ¡Bendito silencio opaco y frío! me dije. Por él, muchos críticos demasiado ocupados, no conociendo al autor, dejarán de leer su obra. Pero sin ese silencio hurraño en que trabajó el poeta, ¿le habrían salido de la pluma y del alma estos versos tan firmes, tan expresivos, tan plenos de sabrosa mirada y de entrañable simpatía hacia las cosas humildes?

Este libro me parece —digámoslo ya—uno de los aportes más serios que se hayan hecho a las letras en Cuba. Pero el autor no es cubano, ni es cubana su inspiración. Nació Francisco Izquierdo en las Islas Canarias, y nos dicen sus versos las visiones de aquellas ínsulas trajinadas de marinería, de los gestos del mar, «lleno de breves amenazas de plata», de las carreteras «finas y claras», por donde «el silencio anda en todo como si hablar quisiera», de las viejas casonas señoriales que «huelan a hueco», de los episodios hogareños que son como capítulos en la historia del alma nostálgica y de los tipos novelescos alrededor de los cuales se cuajan la comidilla primero y luego la leyenda pueblerina. Al final del volumen, hay unas semblanzas casi críticas, pero amorosas, de Azorín y de Baroja...

Estas aficiones que el poeta confiesa a la postre, ya se nos habían delatado desde el comienzo. Francisco Izquierdo es un descriptivo que ama la minuciosa compenetración de Azorín con los indicios humildes de la casta, y que se siente también hechizado por el dejo agrio, el prurito inconformista de Baroja su «alcaloide vasco», como diría Unamuno. Y tales gustos puede que se fundan alguna vez en la inspiración del poeta con reminiscencias de su compatriota To-

más Morales, de quien se recuerda la misma inhibición de todo lirismo abstracto y el mismo gusto descriptivo. Pero cuando todas las influencias queden apuntadas, no será menos cierto que hay en Francisco Izquierdo, de por naturaleza, un admirable temperamento poético, dotado de una técnica impecable. Raras veces se encuentra una visión tan certera de lo esencial y del detalle que lo revela, una simpatía tan fina con el significado sentimental de las cosas triviales, un poder de caracterización tan infalible, y en la forma, tal rotundidad en el manejo del soneto, tal rigor en los adjetivos, tan jugosa novedad en las imágenes.

Quien esté cansado de lacrimosidades poéticas, lea este libro en que el inevitable drama interior de todo artista apenas si se esboza en ocasiones de un modo levísimo. Lea este libro quien piense que la poesía no es sino cuita al viento, filosofía sin conceptos y aventuras verbales. En este naturalismo trémulo de emoción amorosa, de *humour* compadecido, hallará el antídoto para tanta cursilería como anda por ahí aniquilando la afición a los buenos versos.

JORGE MAÑACH

(Diario de la Marina. Habana).

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

DOCTOR OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSIN

Próximo CONVIVIO: La tercera sería de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano.

De Unamuno...

(Viene de la página 24).

—eso que llamamos civilización, y que rara vez es tal, y a extraer de ella lo que de cultura encierre. Deja la civilización con el ferrocarril, el telégrafo, el teléfono, el *water-clos*, y llévate la cultura en el alma. La civilización no es más que una cáscara para proteger las pulpas, el meollo, que es la cultura».

Y agrega poco más abajo: «Y otra gran lección nos da la cumbre, y es enseñarnos a pasarnos sin comodidades. Nada denuncia tanto la ordinariéz de espíritu, la ramplonería y plebeyez de alma, como el apego a la comodidad. El señor que no sabe viajar sin almohada y baño es un mentecato. El desprecio a la comodidad es aún una de las evidentes superioridades de los pueblos de casta ibérica. En ninguna parte estalla tan a las claras la ramplonería humana como en la mesa del comedor de un gran hotel».

En estilo pintoresco, un poquito agresivo, tal es la fórmula — fórmula hondamente humana y bienhechora—del progreso en Miguel de Unamuno. Quitad, para el vulgo, esas expresiones pintorescas y agresivas que Unamuno usa; poned lo dicho por el gran escritor en prosa suave e insinuante, y la inmensa mayoría de los que reahacen lo dicho agresivamente por Unamano, lo aceptarán encantados y agradecidos. Sí, el progreso es cosa de perfeccionamiento espiritual. La civilización es del alma. No nos place hacer

esta distinción germánica de civilización y cultura. Nos atenemos a la norma vieja, y la norma vieja resume en un hermoso vocablo todo el verdadero progreso humano: el vocablo virtud. Las virtudes de un pueblo o de un hombre son su civilización. ¡Qué importan los progresos materiales! El alma no tiene nada que ver con los progresos de la física y de la química. No hace muchos meses, en un discurso de mitin popular, he tenido ocasión de citar, como período instructivo, típico, de la moderna historia de España, el reinado de Isabel II. Jamás se ha dado un período de nuestra historia tan esplendente en progresos materiales, tan henchido de mejoras y de progresos. Carreteras, canales, telégrafos, ferrocarriles, Bancos, roturación de terrenos, etcétera, todas estas y otras muchas mejoras se realizaron bajo el reinado de Isabel II. Y, sin embargo, ¡qué reinado tan afrentoso, tan funesto para la civilización, para la cultura, para el progreso! ¿Quién podrá desear un estado tal para su patria?

En la vida de Miguel de Unamuno domina esta perseverante y hermosísima lección que el escritor da a sus conciudadanos. Cualesquiera que sean sus variaciones y cambios en cosas pequeñas, en política menuda, en la propugnanación de esta alta doctrina, Unamuno ha sido siempre tenaz, invariable. ¿Se le reprocha al maestro su agresividad,

su pasión? Ese constante ardimiento suyo, esa lucha diaria y violenta que él mantiene en la prensa y en las reuniones populares, no es sino una consecuencia de su mismo anhelo por la paz y por el silencio. Su vida moral es irreprochable. Su escrupulosidad ética, digna de imitación y aplauso. ¿Por qué tendremos que reprochar al maestro su sinceridad y su franqueza?

(Al llegar a este punto de mi crónica viene un amigo, con su automóvil a buscarme. Hemos de ir de San Sebastián a Biarritz. Durante el camino, por una carretera lisa, sin baches, voy admirando los picachos de los Pirineos. ¡Qué suavidad en estas montañas! El ambiente—no el límpido de Castilla—es una tenue, suave caligine. Parece que se puede palpar. Y las sombras de los montes emergen de la vaporosidad de las calles para entrar en los cendales sutiles del cielo... En Biarritz he comprado en una librería un libro que yo había ya leído. Deseaba leerlo otra vez: *Ruskin o la religión de la belleza*, por Roberto de La Sizeranne. Y al leer este libro he encontrado, en la figura de Ruskin, algo que es de Miguel de Unamuno).

Roberto de La Sizeranne habla de las contradicciones de Ruskin, y dice: «Se ha llamado contradicciones a los ardores de Ruskin por todas las verdades que él ha creído descubrir las unas después de las otras; y se ha apellidado inconstancia sus afectos por todas las grandes obras, y tiranía su celo, y egoísmo su

generosidad. Si se quiere ser justo y comprensivo a la vez, se llamará todo esto con una sola palabra que explica todo Ruskin y que es el tercer gran rasgo de su fisonomía: la franqueza». (Página 59, edición 1920). Y en la página 74 añade el autor: «Su franqueza, al mismo tiempo que le inspiraba las más absolutas contradicciones y las más extrañas violencias, le ha preservado de toda afectación». Las mismas contradicciones — más aparentes que reales—en Unamuno, y la misma violencia. ¿Quién lo diría del autor, Ruskin, de tanto libro sereno? El mismo amor a la soledad en Ruskin que en Unamuno. Y la misma concepción del progreso. (Una página en que Ruskin habla del ferrocarril es profunda y deliciosa. Páginas 46 y 47, en el libro de La Sizeranne). Y ¿habrá nadie que se detenga en las pequeñas contradicciones de Ruskin, en sus estridores, y no atienda a su alta, noble, generosa y espiritual doctrina?

La misma pregunta hacemos respecto a Miguel de Unamuno. Es una grande y noble figura española la de este hombre consagrado por entero, perseverantemente, a la vida espiritual. ¡Cuán dentro de la tradición de España! ¡Cuán hondas sus raíces en la patria!

En una síntesis suprema, ideal, desaparecen todas sus violencias y todas sus contradicciones.

AZORIN

(La Prensa, Buenos Aires).

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto UN SOL

Lima, Perú.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Avenida Central

Frente a la tienda Kepfer.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior:» 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475

Buenos Aires

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndolo a sus amigos.

Página lírica

de Francisco Izquierdo

=Del tomo *Medallas*. EDITORIAL HERMES. Habana, 1925. Damos al Sr. Izquierdo las gracias por el envío del ejemplar de que sacamos esta antología=.

Barco a la vista

El semáforo, tipo tiempo de la Conquista,
bajo la azul campana su campanita suena,
su tintán se entremece en la tarde serena
empeñado en decirnos que hay un barco a la vista.

Grandes manchas de ópalo, de un verdoso amatista
en la comba llanura palidecen de pena.
Surge un lucero, otro. De la rubia colmena
las abejas de oro van perdiendo la pista.

Para el buen don Ventura, el práctico, en su lancha,
parece que el redondo infinito se ensancha.
Nos ponemos un poco, otra vez, a pensar.

Y aquel punto que vimos nacer en lontananza
es este mismo glauco barco inglés que ahora avanza
con sus verdes faroles sonriendo al pasar.

Domingo por la tarde

Domingo por la tarde en el Puerto. La raya
del horizonte yergue, luminosa, precisa,
el filo de un enorme abanico, que irisa
de lentejuelas de oro, la luz cárdena y gayá.

El rectángulo obtuso de una vela soslaya
en el azul su breve nitidez de sonrisa;
paz, los vivos rebaños de espuma; paz, la brisa;
paz, la monotonía orquestal de la playa.

Llenan el muelle niños, sus niñeras, soldados,
señoritingas cursis, pollos endomingados,
provincialismo agudo, municipal fruición.

Al pasar, en un barco, se ve un viejo marino
reflejando en los ojos el silencio calino,
sentado a la moruna tocar un acordeón.

Por la carretera de San Andrés

Mi amigo y yo nos fuimos hoy por la carretera
de San Andrés. Es clara: una larga cornisa
que al borde de los montes jibosos se desliza
sobre la misma espuma sobona y parlotera.

Una pupila muerta—el sol—tan sólo espera
que el párpado se cierre resignada y sumisa.
Nuestra plática es suave. Caminamos sin prisa.
El silencio anda en todo como si hablar quisiera.

Ya es noche. Las montañas se deshacen borrosas.
No hay luna. No hay estrellas. Pasan sombras humosas,
vaporcitos, gabarras con sus faroles rojos.

—Mi espíritu, él decía, mucho más negro está.
—Tiniebla, y con faroles?... ¡Oh, tus pequeños ojos!
Ve. Camina. Espontánea tu luz se encenderá.

Doña Merencia

En la calle del Olmo vive doña Merencia.
Doña Merencia es suave, minuciosa, chiquita;
pálida y argentada, es una margarita
con su sí... no... sí... no... en perfecta inocencia.

Versos de Antonio Grilo. Tiempos de la Regencia
y esta dulce señora quieta en su ventanita.
Paz de la calle blanca... solamente le irrita
su hermano Luis, su eterno banco de la paciencia.

Si ella afirma que es claro, él, tenaz, que es oscuro;
—Este don Luis, que dicen...—Mas ella es quien seguro
sabe cuando en las Claras hay novena o función

y si ya recibieron seda Las Pericanas.
Lleva al Cristo su vela y todas las mañanas
oye, muy peripuesta, misa en la Concepción.

El colegio de doña Petronila

¿Te acuerdas del colegio de Doña Petronila?
Dos docenas de sillas de todas las figuras.
El dos y dos son cuatro eran nuestras torturas.
Mi novia era Maruca. Tu novia era Camila.

Como el andar de un huso, en el dulce hila, rila
constante, las lecciones mecánicas y oscuras
cantábamos en frases pueriles e inseguras.
En el patio roncaba como un lirón la pila.

Dama grave y poética, de noventa y sermón
Doña Petra lucía como un rojo botón
la verruga del labio que al hablar le temblaba.

Siempre llevaba al cuello un mantón caneloso
y era su cruz a cuestras, yo, en el catón odioso.
La dichosa verruga a mí me desesperaba.

Gotas de paz

Hemos ido esta tarde a ver los soldaditos
hijos del «tercien», «firme», «en su lugar descanso».
El ejercicio fina. Ya se van, como un manso
culebrón que se arrastra, al cuartel derechos.

Esta adorada plaza, que opaca nuestros gritos,
tiene un color pasiego, de tostado garbanzo.
Quedamos solos. Huele a malvas, a ojaranzo.
Tienen quietud los árboles de tersos monolitos.

En la Ermita hay novena: viernes, por lo que veo.
Pasan viejos, beatas y el vueludo manteo
de Don Pánfilo, obeso canónigo en agraz.

Sus lamentos el Angelus, arrullador y blando,
al filo del silencio de cristal va rodando
como unas formidables y anchas gotas de paz.

Las eternas tíftas

Quién no venera, en dulce añoro, a estas figuras
de mantilla, antiparras y ronco taconeo,
hijas de la pimienta suave del cuchicheo,
las eternas tíftas, solteronas y oscuras...

Nunca izó sus bengalas, de fiebre y de locuras,
sobre esta asparentosa carne muerta, el deseo.
Tragadoras terribles de hostias. El manteo,
ellas, la letanía, todo es cosa de curas.

Era Doña Verónica una de estas Señoras
de crochet en las manos las horas y las horas.
Con mis absurdas risas la llevaba el demonio.

En las vigas del techo del comedor, colgaban
racimos de mazorcas. Los muebles rebrillaban.
Bajo un fanal casero reía un San Antonio.

El Padre Andrés

El Padre Andrés es lento, gordito, colorado;
anda siempre pasito, por aquí, por allá.
Da su clase, va, viene, entra, sale: ¿ocupado?
—dice a los demás Padres—: él, cuando no estará?

Tiene un hablar de tiple, melífluo, chorreado
y hace también versitos: ya se los leerá.
Todas las tardes tira sus lentes indignado
por si aquí dice re, o por si dice fa.

Corretear por las calles es su delicia sola.
Abre, cierra el paraguas. Va a ver a Doña Lola
que a decirle una misa alguna vez lo manda.

Por la plaza atraviesa igual que un rehifete.
Dobla una calle, otra, pasa con un paquete,
y a esto, en el convento, nadie sabe donde anda.

Carretera fina y clara

Va envuelta de Tejina, fina, la carretera
ornada de eucaliptus de un gris terso de plata;
es húmeda y es clara, como la Primavera,
y tiene un aire antiguo de dueña, de azafata.

Domingo por la tarde. Pasa la doble hilera
de los seminaristas bajo la sombra grata,
y llenan la eclesiástica calle de Juan de Vera
con su mirada boba y su banda escarlata.

Abre su boca un pozo como un ojo fanático
al pie de unos rosales y mira al cielo estático
con el fervor ausente de aquel que va a rezar.

Por la acequia, llorosa, va el agua cristalina;
y el oro de la tarde fantástica y calina
pone sobre los montes un vago azul de mar.

El camino de San Diego

Nada hay más leve y suave que este perfume a espliego,
estos blancos geráneos, este añoso frutal,
esta parda iglesuca, el patio solariego,
las malvas de la orilla, las rosas del parral...

¡Oh, San Diego del monte! ¡Camino de San Diego!
eres, en el silencio de la tarde estival,
de un oro de casulla, batido, palaciego,
y en la calma violeta, parece de cristal.

Se enrojece la cresta de la montaña. Un fino
aire sutil. Sus rígidas alas pliega un molino.
Hincha el pecho la vega como a un dulce sofoco.

Allá, unos ojos rojos gigantescos, pendiendo
quedan sobre una bóveda, sobre un balcón. Fluyendo
viene un polvo de estrellas. La noche es poco a poco.

Siluetas de don Antonio Azorín

No hay duda. Don Antonio Azorín me enamora.
El mismo es su monóculo, redondo, cristalino.
Me recuerda las aguas en el estanque, el fino
cielo de las montañas, la rural paz sonora.

Este hombre, un taumaturgo de la minucia, adora
la pequeña importancia, el pequeño destino.
Tono menor, mas, donde, forrado en pergamino
todo el silencio trágico del siglo veinte llora.

Su mirada es irónica, curiosa, sosegada,
británico su modo, su sonrisa sesgada,
frígida, Don Antonio Azorín: todo vuestro

espíritu! tesoro sobre España se vierte.
Sí. Vuestro amor a España es el máximo, el fuerte.
Montaigne?... Montaigne es mucho Montaigne, verdad, maestro?

Siluetas de don Pío Baroja

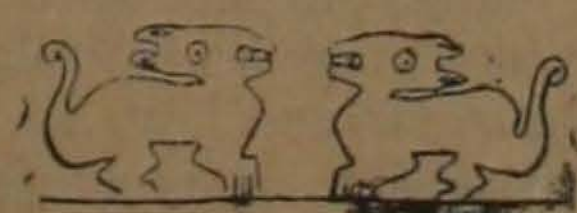
Este señor Baroja seco, brusco y altivo,
es un resorte nuevo que se va, que se escapa,
si usted piensa meterlo al canuto, la tapa
le saltará a los dientes y surgirá más vivo.

El le perdona todo menos que sea pasivo.
Solitario individuo. Nada de grey ni lapa.
El quiere que usted sea, buen amigo, a la guapa
hombre de acción, forzado, violento y agresivo.

Su pupila, a lo ancho de la vida española,
va, viene, sube, baja, sin regla ni vitola:
y el martillo en su fragua no parará jamás.

Yo le debo a este vasco de mirada caótica
el limpiarme la sarna clerical y patriótica,
y el ver la luz de alante, no el resplandor de atrás.

Apartado 123. Habana, Cuba.



Un aniversario

El Tiempo de Bogotá dedicó su edición del domingo 22 de noviembre de 1925 a la ciudad de Medellín, en el 250° aniversario de la fundación de la misma. Hemos leído con tanto gusto los artículos que para el caso escribieron Antonio José Restrepo, Alfonso Castro, Lázaro Tobón, Quijano Mantilla, Germán Arciniegas y G. Manrique Terán.

Los libros de la semana

Las tardes. Poemas de FRANCISCO LÓPEZ MERINO. Buenos Aires. 1925.

Derecho político (Ensayos), por CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE. Edición de la revista *Sagitario*. Buenos Aires, 1925.

Rincones de mar (Poemas) de G. CASTAÑEDA ARAGÓN. Barranquilla. 1925.

Manuel Sanguily, adalid, tribuno y pensador, por JOSÉ MANUEL CARBONELL. Habana. 1925.

Manual de Pedagogía, por W. A. LAY. Publicación de la «Revista de Pedagogía». Madrid. 1925.

Más referencias y extractos de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Asterisco

CHECOESLOVAQUIA.—El Ministro de Instrucción Pública ha elaborado un proyecto de ley sobre la relación de la Iglesia y las escuelas del Estado, en el cual se establecen estos principios: Toda instrucción está sometida a la inspección y dirección del Estado. De las materias obligatorias de enseñanza queda excluida la instrucción religiosa, en sustitución de la cual se introducen la educación cívica y la ética. Queda prohibida la creación y el sostenimiento de escuelas puramente confesionales.

(*Revista de Pedagogía*, Madrid).

Un homenaje

El 10 de noviembre pasado celebró Colombia el centenario de la navegación a vapor en el Magdalena. Por tal motivo, se inauguró en Barranquilla una estatua a don Juan Bernardo Elbers, quien trajo los primeros vapores que surcaron la citada e importante vía fluvial.

La glorificación del biceps

Primero léanse estas palabras de nuestro Alberto Masferrer, siempre vigilante:

«Vea, por ese recorte adjunto, a qué nivel andan nuestros pobres pueblos Hispano Americanos. Merece publicarse y comentarse».

Tablero

—1926—

Publican esta tarde los diarios, con patriótico orgullo, relaciones de la entrada triunfal a la capital mejicana del ciudadano norteamericano Jack Dempsey, el hombre de los puñetazos catapultas.

Horas antes de la llegada del tren, la estación rebosaba de gentes ansiosas de pagar tributo de admiración al pugilista, y no bien éste apareció en el vestíbulo del carro pullman, una inmensa multitud, enloquecida de entusiasmo, se avalanzó sobre el héroe cuya figura estuvo en peligro de ser convertida en tortilla al empuje de la ola incontenible de una admiración furiosa. Policía y ejército con clavos y bayonetas lucharon por salvar al campeón rompiendo unas cuantas costillas y cabezas, pero al fin, por sobre los hombres de armas, el pueblo logró arrebatar al ídolo y llevarlo en hombros hasta el hotel, en donde fué necesario colocar guardias y centinelas que protegieran los huesos y la libertad de Dempsey.

Lo que el pueblo de la capital azteca acaba de cumplir, es una glorificación del biceps, y aunque tal manifestación, por lo colectiva y aun peligrosa, parece original, es una repetición de la admiración sentida en esta república mayor por el jayán nacional. ¿Pues no han bautizado aquí la escuela superior erigida en este mismo mes en la ciudad de Manassa (Estado de Colorado) con el nombre antisimbólico de *Escuela Jack Dempsey*? ¿Y no han colgado en uno de los muros del Museo Metropolitano de Artes de Nueva York la efigie de este afortunado boxeador, inmortalizado por el pincel del artista George Bellows?

Este arte del boxeo, algo muy distinto del atletismo, con los sentimientos brutales que provoca, ha contaminado al continente entero. El año pasado, la lidia entre Dempsey hizo pensar a los hispanoamericanos residentes en Nueva York que en los puños del pugilista argentino estaban el honor y el buen nombre de toda la raza, es decir, la raza española de toda la América; y fué de ver a los señores cónsules de tales repúblicas tomar tan a lo serio lo supuesto, que en solemne recepción entregaron a Luis Angel Firpo una medalla de oro, como prenda y señal de lo que de él esperaba el mundo iberoamericano, tácitamente enfrentado al angloamericano.

Y es ésta la única ocasión en que he palpado el compañerismo de pueblos que se suponen hermanos por el origen y por la lengua; sólo la perspectiva de los puñetazos tan ansiosamente esperados entonces, hizo mover en una acción *espiritual* común al cuerpo consular de las repúblicas hispanoamericanas.

No me llamaría la atención que en España misma se desarrollara el furor por

este singular deporte, otro tiempo exclusivo de los yanquis. ¿Pues no se inicia una especie de cruzada en la Península contra aquel arte vernáculo, el circo, donde el hombre despliega los más altos atributos del valor, jugándose la vida ante una fiera de selección? ¿Y no se ha conseguido que sea el joven príncipe de Asturias quien se singularice en la iniciativa de esa renegación que es un atentado de lesa belleza? Fortuna será que la influencia yanqui no tenga poder para exaltar el fanatismo por el antipático deporte, hasta el extremo de que bauticemos nuestras escuelas, como aquí ya lo han hecho, con el nombre más conspicuo de los patanes a quienes la suerte levanta un día en su torbellino de polvo.

A. S. DE MONTIEL

Nueva York, Noviembre 6 de 1925.

La Obra definitiva de Juan Ramón Jiménez

El librero español León Sánchez Cuesta (Apartado 341, Madrid) ha empezado a publicar—1925—en cuadernos de 12 hojas sueltas, la OBRA definitiva de Juan Ramón Jiménez. Han salido ya 8 cuadernos. La edición es primorosa, impecable. Al decir 12 entregas, se forma un volumen en carpeta. El editor suministra las carpetas del caso. Tenemos encargo de colocar 10 ejemplares de cada uno de los cuadernos publicados. ¿Hay 10 estimadores de la obra exquisita de Juan Ramón Jiménez en este país? Sí? Acudan, pues, a suscribirse. El Adr. del «Repertorio Americano» los espera. Precio del cuaderno: ₡ 0.75.

La misión del ejército en la democracia argentina y sur- americana.

El gran poeta argentino Arturo Capdevila nos remite estos recortes de *La Prensa* de Buenos Aires, en que se recogen declaraciones importantes hechas en el banquete con que, la noche del 9 de noviembre pasado, la ciudad de Córdoba obsequió al ejército argentino, en la persona del Sr. Ministro de la Guerra y de la oficialidad superior.

El Sr. Ministro de la Guerra leyó este discurso:

Mis palabras iniciales deben traducir la patriótica y grande satisfacción del cuerpo de oficiales del ejército ante esta demostración de simpatía y adhesión con que nos honra la culta sociedad de Córdoba.

Los sentimientos vigorosamente nacionalistas de este pueblo han encontrado en esta oportunidad su generosa e inspirada interpretación, en el discurso que acabamos de oír, cuyos elocuentes conceptos agradezco en nombre de mis compañeros de armas.

Desde hace un mes, como compensación a nuestros trabajos, venimos disfrutando del

cordial agasajo y de la amable hospitalidad de los habitantes de esta provincia, y en verdad, todas las fatigas, preocupaciones y desvelos que la realización de los mismos impone, resultan retribuidos con exceso, cuando como final asistimos en esta histórica capital al espectáculo confortante para nuestro patriotismo de una verdadera confraternización del pueblo con el ejército.

Es grande y justificado, pues, el reconocimiento del ejército hacia el pueblo de esta provincia, y ese agradecimiento comprende por igual al gobierno y a sus autoridades, cuyo primer mandatario honra con su presencia esta mesa, a los elementos de su distinguida sociedad, tan dignamente representados en la comisión de homenaje, al pueblo entero sin distinción de matices, y hasta los humildes habitantes de la campaña de esta provincia, recorrida por el ejército, que prestaron su concurso, solícito y desinteresado, en cuanta ocasión les fuera requerido.

La opinión del país ha seguido de cerca con patriótico interés las tareas que hemos venido realizando y esto tiene para nosotros todo el significado de un estímulo y de un aplauso, y debo declarar que el balance total de nuestras actividades satisface las más lisonjeras expectativas, no sólo por los beneficios profesionales obtenidos en un mes de vida de campamento, sino por la misma realidad auspiciosa de haber logrado reunir en el corazón de la República, varios miles de hijos de las provincias más distantes, avivando los sentimientos nacionalistas de esa juventud, que ha conocido así una de las provincias más ricas y progresistas del país y se ha formado una idea más clara de la grandeza del territorio patrio.

La ejecución de maniobras de esta naturaleza como lo comprende la opinión inteligente del país, es el complemento obligado de la labor anual del ejército. Los gastos que naturalmente ellas demandan están ampliamente retribuidos por las ventajas resultantes de desarrollar al máximo la instrucción de los hombres bajo banderas, antes de reintegrarlos a la vida ciudadana y perfeccionar la aptitud de los comandos en la difícil conducción de las tropas en campaña.

La Nación necesita poseer un ejército, bien instruido y preparado para cualquier eventualidad y sólo la realización periódica de trabajos de cierta magnitud permiten extraer enseñanzas y sacar conclusiones orientadas hacia esa finalidad superior.

El país no ignora que exclusivamente cuestiones de orden profesional absorben la atención y preocupación del cuerpo de oficiales.

Es nuestra legítima aspiración sin veleidades militaristas, completamente desconocidas en nuestro medio, llevar al más alto grado de preparación el ejército, para que éste en todo momento tenga la altura elevada de su misión y sea digno de la confianza que la Nación tiene en él depositada.

Esa eficiencia de la institución militar será la mayor garantía para el mantenimiento de la paz, asegurada por otra parte por una amistosa vinculación a los países que nos

rodean y por la orientación franca y sin dobleces de nuestra política exterior.

No pueden existir dudas sobre la sinceridad de los propósitos que inspiran a nuestro país a este respecto.

Constituimos una democracia pacífica, abierta a todos los hombres del mundo que quieran habitar nuestro suelo, sin rivalidades, sin ambiciones, sin prejuicios, sin más anhelo que conservar el inmenso patrimonio y enaltecerlo por el trabajo y el culto de la libertad.

Nos sentimos estrechamente solidarios con los demás pueblos de esta parte del continente, a los cuales nos vinculan los lazos de raza y lengua, la similitud de nuestras instituciones y los afanes comunes por la independencia.

Esta demostración que reúne a militares y civiles en torno a una mesa común, parece ser una ocasión propicia para fijar en conceptos definitivos, ante la opinión del país, cuál es el papel que aspira a desempeñar el ejército en la vida y progreso de esta democracia.

Por anticipado puedo afirmar en forma concluyente, sabiendo interpretar el pensamiento unánime y leal del cuerpo de oficiales, que no tendrá imitación en nuestro medio el ejemplo extraño que ha llevado a ciertas instituciones armadas a suplantar a los poderes civiles, con el propósito de corregir males efectivos o imaginarios.

Por fortuna somos oficiales argentinos, herederos de una tradición honrosa de respeto a las instituciones y acatamiento a la ley, que sabremos mantener intacta a través de todas las contingencias, aportando así nuestra mejor y patriótica cooperación al adelanto social y político de la República.

Nos bastará para ello inspirarnos en el ejemplo de nuestros mayores, que poniendo brazos y talento al servicio de los más altos ideales, fueron acreedores a la gratitud de sus conciudadanos, tanto por la abnegación con que sobrellevaron la penuria de la guerra, como por la devoción con que sustentaron los anhelos democráticos y los principios liberales de su pueblo.

En nuestra historia son comunes los ejemplos de esos soldados cuya única ambición fué servir honradamente a la patria, que se resignaron hasta con el ostracismo y olvido, antes que transigir o explotar en beneficio propio y con desmedro de los intereses colectivos, el egoísmo y las pasiones de banderías políticas.

Tal fué nuestro gran capitán, quien con la rectitud y austeridad inflexible de su vida señaló para siempre a los soldados argentinos el camino inconfundible del honor y del deber.

Tal fué también el proceder de ese preclaro hijo de esta provincia, el general Paz, cuyo nombre ha sido recordado con justicia en esta ocasión, y cuya inflexible integridad de principios desafió la cólera de los déspotas y el rigor de las prisiones.

He dicho en otra oportunidad, y me ufano en repetirlo ahora, que el ejército es lo que es su cuerpo de oficiales, y el nuestro, quizá

por hábito, por educación o porque siempre obró por mandato imperativo de su pueblo, hasta en sus errores, quizá también porque la grandeza actual de la patria es en gran parte fruto de sus sacrificios, no ha tenido nunca y puede asegurarse que no tendrá tampoco en el futuro, otros intereses que el supremo de la Nación, ante el cual declinará absolutamente cualquier conveniencia de orden particular.

Estos sentimientos forman parte de la tradición que él cultiva y es su orgullo; importa que lo conozca la Nación, que se grabe como verdad indiscutible, como dogma en la conciencia de su pueblo, porque de ello depende en buena parte la tranquilidad y el porvenir de la patria.

El ejército animado de un espíritu mezquino de clases no puede ser instrumento de la voluntad de la Nación, baluarte firme de sus instituciones ni núcleo sólido sobre el que repose la defensa nacional.

El ejército debe vivir al margen de las contiendas políticas, para no desnaturalizar su misión esencial, dedicado por entero a su preparación profesional, tan íntimamente vinculada a los intereses fundamentales de la patria.

Muy honrosa es la profesión del oficial y muchas satisfacciones importa su ejercicio, para buscar fuera del marco de la carrera otros halagos o ventajas que no coinciden con la disciplina y son a la vez incompatibles con la austeridad misma de la vida militar.

En síntesis, puedo afirmar que el ejército ha aprovechado la experiencia pasada, y si a él le estuviera permitido hablar para expresar el sentimiento que hoy impulsa su acción y las ideas que le guían, habría de decir que sólo aspira a contribuir a la grandeza de la patria, ocupando en todo momento y circunstancia el lugar que le corresponde de acuerdo con las leyes fundamentales del país, para que al amparo del orden que él tutela pueda el pueblo que le da vida marchar serenamente a la consecución de sus destinos, buscando por sí solo, con abstracción de la fuerza, el camino de su perfeccionamiento político.

El ambiente da oportunidad y el propio motivo que nos reúne, predisponen nuestro espíritu a las más generosas y patrióticas expansiones. Este homenaje honra por igual al ejército y a la sociedad que lo prodiga, pues el proclamar la solidaridad existente entre civiles y soldados constituye una demostración palpable del adelanto social y político alcanzado por nuestro país. Por eso tengo la convicción de que interpreto el anhelo íntimo de todos los presentes al levantar mi copa formulando votos porque mañana como hoy, en nuestra patria, militares y civiles se sientan obreros de la misma causa: la del progreso, la felicidad y la paz de la República.

El Gobernador de la Provincia habló en estos términos:

«Acabáis de oír el mensaje del pueblo de Córdoba y me apresuro en nombre del

gobierno a saludaros con la divisa de todas las naciones:

¡Viva la paz!

Sois un ejército de paz porque sólo para asegurarla aprendéis la guerra. Esta es vuestra tradición, gloriosa como las victorias.

Nunca el soldado argentino combatió por la conquista o el designio, la dictadura o el poder discrecional. Emancipó naciones, derrocó tiranías y afianzó las instituciones y libertades de la paz. Fué siempre una fuerza heroica aplicada a libertar y constituir y no a oprimir o anarquizar. Hemos tenido gobiernos de militares, pero no gobiernos militares. San Martín se alejó del país por no mezclarse en las contiendas disolventes. La Valle y Paz lucharon por los derechos civiles y políticos. Urquiza coronó las batallas de la liberación y dictó la Constitución vigente. Mitre, también vencedor, constituyó la unidad nacional. Roca extendió las fronteras de la riqueza y el trabajo. Todos son militares ilustres en la guerra, estadistas eminentes en la paz y siempre ciudadanos en una democracia libre.

La Nación no registra batallas, y menos golpes de Estado que hayan engendrado dictaduras, y en cambio honran su historia figuras militares que se agrandan en el tiempo inexorable, porque el tiempo encuentra en ellas la consistencia de libertadores y constructores, fundadores de la República y guardianes de sus instituciones. La Argentina tiene por eso plena confianza en sus soldados.

Nunca fueron una clase social, ni una casta privilegiada, sino el pueblo mismo obrando al mismo impulso, ardiendo en la misma llama. En el Estado Argentino el ejército se prepara para afrontar la guerra engrandeciendo el país por los trabajos de la paz; las industrias de la paz son aquí las industrias de la guerra, la especialidad militar se desarrolla dentro de la universalidad de la actividad social.

Le interesan todas las manifestaciones de la vida colectiva, y en todas ellas aplica su esfuerzo de perfeccionamiento progresivo. Los cultivos de la tierra, la cría de ganado, las industrias manufactureras, los transportes, astilleros, minas y altos hornos, la cartografía del territorio, el aprovisionamiento de la población, las formas de la riqueza y el comercio. Los impuestos y las rentas, las investigaciones, los inventos, las ideas, las costumbres, todas son situaciones y obras que el ejército estudia con espíritu científico y empeñado sistema, que las discute, orienta, fofata, y a veces inicia y orea. En esta múltiple y honda tarea, su mejor esfuerzo lo consagra al hombre en sí mismo.

No extrae a los jóvenes conscriptos del trabajo y del hogar para convertirlos en un resorte mecánico, sino para infundirles el sentimiento de la patria, formarles la conciencia de los deberes sociales, cuidar de su higiene y su salud, disciplinar su es-

piritu y conducta. Los instruye, estimula, educa y civiliza. Al ejército pueden entrar analfabetos, pero no salir analfabetos de sus filas. El ejército es fábrica, taller, laboratorio, cátedra y escuela. No compartir este concepto, no sentir esta convicción significa ignorar o desconocer las realidades vivientes. El ejército argentino constituye un exponente de fuerza nacional necesaria e histórica, y también es hoy un organismo moderno de saber y elevada cultura, de libertades y garantías, y de su entraña no saldrá el militarismo, producto de instituciones retrógradas, ni tampoco en la República debe haber semilla ni terreno que engendren esta planta tóxica.

El ejército se desenvuelve en consonancia con el país; son dos poleas que giran por la misma tracción. En las horas pasadas en el campo de maniobras he sentido impresiones intensas y grabado recuerdos duraderos. Desde el cerro empinado en el poniente diviso todavía el inmenso valle bañado por el sol, donde corren los ríos y es muy generosa la tierra. Oigo tronar los cañones, redoblar las ametralladoras, disparar los fusiles, se arman los puentes, vuelan los aviones, las señales de colores y luces saltan en el aire, funcionan los teléfonos, se cruzan los partes comunicados por mensajeros febriles, arrecian los cañones, ametralladoras y fusiles, aparecen, se ocultan y reaparecen las columnas en masas, en grupos, en hileras y en orden disperso. Avanzan, se detienen, se renuevan y vuelven a avanzar.

Se busca con ahinco al hombre. Nada le fatiga porque arde el corazón, la mejor arma de combate. El avance insiste y empuja.

Parecen multiplicarse los que caen, hasta que próximas brillan las bayonetas y al grito de la patria, estalla el asalto. Suenan los clarines, se paraliza el movimiento y la calma invade otra vez el inmenso valle.

Momentos después, sobre el mismo cerro quemado por el sol, los jefes y oficiales de ambos bandos, formados en círculo, escuchan del Ministro de Guerra y del inspector general, la crítica severa e imparcial de la jornada. Se interrogan, se rectifican, informan y confirman, y la verdad de la batalla se extrae y comprueba sobre el mismo campo de batalla. Ahí están el laboratorio, el aula y la cátedra. La gran escuela de la sierra de los cóndores. Anoto en el hablar todas las tonadas del país, y siento vibrar fuerte y cálida el alma argentina. Una gran escuela de nacionalismo, se abrió también sobre la tierra de los cóndores.

El pueblo está en su ejército y el ejército en su pueblo y concordantes iguales y libres todos somos los soldados de la misma democracia. Señores, levantemos en alto las copas: por el señor Presidente de la Nación, por el señor Ministro de Guerra. Por los agregados militares extranjeros que nos honran con su presencia, Por el inspector general, los jefes, oficiales y tropas del ejército de la Nación, fuerza y confianza de nuestro pueblo.

Señas de escritores

Poco a poco, a medida que con certeza vayamos localizando a los escritores españoles y americanos de mayor importancia, iremos dando sus señas.

Por hoy:

M. A. Asturias. 88 Boulevard de Port Royal. París.

Arturo Capdevila, Charcas 779. Buenos Aires, Rep. Argentina.

Carlos Sánchez Viamonte, 53-538. La Plata, Rep. Argentina.

Francisco López Merino, 7 N° 1071. La Plata, Rep. Argentina.

Gregorio Castañeda Aragón. Barranquilla, Colombia.

Lectura de vacaciones

Teatro clásico español que ponemos a su disposición:

Cervantes: Comedias y entremeses (5 tomos) ₡	5.00
J. E. Hartzenbusch: Los amantes de Teruel.	0.75
Tirso de Molina: El condenado por desconfiado.....	0.75
Agustín Moreto: El lindo don Diego.....	0.75
Francisco de Rojas: Entre bobos anda el juego	0.75
Del rey abajo ninguno....	0.75
Juan Ruiz de Alarcón: Los pechos privilegiados.....	0.75
Lope de Vega: Fuenteovejuna.....	0.75

En edición de CALPE, Madrid: "Colección Universal".

Con el importe (giro postal o carta certificada), dirijase al Adr. del "Repertorio". A vuelta de correo le mandaremos lo que solicite.

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos, ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 2616. Buenos Aires

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.